

SS

SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

EL NOVATO AGRESIVO

EL NOVATO AGRESIVO

PETER DEBRY

El novato agresivo

1.ª EDICIÓN
JULIO – 1957



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BUENOS AIRES

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN – IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. – Proyecto, 2 - Barcelona

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **BISONTE**:

469 — La guerrilla de los tejanos. **479** — Hombres marcados. **494** — El paraíso de los bravos. **479** — Sólo el *Sheriff*.

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

348 — La jungla de los muelles. **353** — Tres dalias negras. **355** — La muerte abstracta. **359** — La muerte en bikini

En Colección **BÚFALO**:

172 — Río turbulento. **180** — Vaquero y detective. **190** — Frontera salvaje. **193** — Monty Baxter dispara.

En Colección **PANTERA**:

50 — Bajo la Cruz del Sur. **52** — Un legionario investiga. **55** — Robín de las Antillas.

En Colección **CONGO**:

26 — Soplo de terror.

En Colección **CALIFORNIA**:

18 — Misión para un rebelde. **21** — Al extremo de la soga. **29** — Una bala en cada esquina.

En Colección **TEXAS**:

45 — Los muertos no matan.

El Novato Agresivo

por Peter Debrỳ



CAPÍTULO PRIMERO

Los hinchas chistosos decían que un defensa de rugby era como un tabique con poco seso, al que un delantero listo podía fácilmente burlar.

Yo había topado con delanteros de poco seso, y, en cambio, conocí a bastantes defensas que ganaban premios en los concursos de crucigramas.

Jugué varios años como defensa central del mejor equipo de Los Angeles y cuando los delanteros contrarios empezaron a escapar de mis placajes, mordiendo el césped, pensé que iba siendo hora de retirarme.

Eso demuestra que, además de ser tabique, yo tenía algo de sesos, ¿no? Y como tenía bastantes amigos en la ciudad, pensé que me sobraría clientela si montaba un negocio.

Como mi viejo había sido policía, me dió por adquirir la licencia de detective privado, porque, además, durante la guerra estuve tres años de fuerza de choque en el O. S. S.[1]

Lo malo es que si bien yo era bastante conocido en Los Angeles, resultó que en la ciudad había manadas de detectives privados. De todos modos, me sentía entusiasmado cuando encontré «el más simpático despachito que puede gozarse por un alquiler ridículo».

Esto decía el de la agencia. Lo del despachito era verdad, y le entregué el primer mes de renta, que no tenía nada de ridículo.

Me senté y a esperar la clientela.

Sentado y esperando; empecé a tratar de adivinar quién iba a ser mi primer cliente. ¿Un banquero, con las sienes blancas y una esposa con veinte años menos, fugitiva? ¿Una voluptuosa viudita sospechando que su marido no había fallecido de muerte natural?

¿Quién iba a entrar en mi despacho?

Fué Tonio Jordan el que entró en mi despacho, estrenándolo.

Si usted vive por los contornos o lee la sección deportiva, recordará a Tonio Jordan. Ganaba más peleas de las que perdía, pero perdió bastantes. Y las marcas de todos sus combates ganados y perdidos, están repartidas por el ancho y chato rostro de Tonio Jordan.

En el *ring* suscitaba el entusiasmo de los hinchas sanguinarios. Y fuera del *ring* tenía la reputación de entusiasmar a las mujercitas delicadas.

Al menos, como buen mejicano, Tonio Jordan era un faldero ansioso.

Tonio medía poco y pesaba veinte kilos menos que yo, puesto que era un peso ligero. Vestía un cremoso traje tropical, con zapatos blanquinegros y una corbata ce arco iris.

Su sombrero panamá lucía una banda de intenso granate. No hay muchos Tonios por mi barrio. Apenas se sentó me dijo:

—Le conozco. Le vi jugar.

Tenía un deje cantarín hablando. Yo pregunté estúpidamente:

—¿Me vió defendiendo el goal de los «Boulder»?

—Eso es. Y era usted un murallón, amigo. Con peso, vista y sesos

Le encontré la mar de simpático. Le correspondí:

—Le vi pelear, muchacho. Estuvo usted avasallador en el combate con Perry Murdock.

Tonio asintió impregnadas las pupilas de gratos recuerdos, al decir:

—Manejé a Murdock como quise apenas le hinqué mi serie en el hígado. ¿Cuál pelea con Murdock me vió, amigo?

—La que ganó usted por K. O. al sexto.

Asintió, suspirando. Extrajo una pitillera de oro y me ofreció un cigarrillo con boquilla dorada que rehusé. No me gusta fumar cosas que parecen rollitos de colonia en hebra.

—Supongo que no vino a visitarme para hablar de rugby, ni boxeo, Tonio. Cuénteme su caso.

Hizo chasquear un encendedor de platino, y exhalando humo perfumado, dijo:

—Se trata de mi chica. Se llama Carmela. Se ha ido.

—¿Ido? ¿Cómo quiere decir… ido?

—Se he largado del sitio donde vive — y chasqueando los dedos, añadió expresivamente —: Un día está aquí, y al siguiente «adiós, Carmela».

—¿Ha ido usted a preguntar en el sitio donde trabaja, si es que trabaja?

—Trabaja. Canta un poco, baila otro poco. Últimamente muy poco. Los clubs de noche andan flojos esta temporada.

—A lo mejor consiguió un contrato en otra ciudad. Las Vegas, por

ejemplo.

Denegó con la cabeza:

—Carmela no es de clubs grandes. No es mucha cosa como artista.

—¿Estaba usted tan relacionado con ella que esperaba que ella le comunicase sus desplazamientos?

Yo trataba de hacer las preguntas que en caso semejante haría un avispado detective.

—Éramos novios — me replicó Tonio, dignamente.

—¿Hacía tiempo?

Me miró pensativo, como si empezara a amoscarse:

—Pues… unos dos años.

—¿Y nunca fue con otro novio en estos dos años?

Se le pusieron los ojos como dos rendijas reluciendo en una bandeja:

—Oiga, oiga… ¿Qué clase de «preguntorio» es éste?

—Es que tal vez ahora se haya ido con otro hombre.

—Ojo con lo que se dice, señor Fenton.

Yo tenía que profundizar en el caso, como era mi deber:

—De todos modos, usted no sabe si se ha ido con otro, ¿no?

—Conozco bien a Carmela. Puede que flirtee un poco con algún papanatas. Pero no huye de Tonio, no. Porque yo la trato como a una reina.

—Ya… ¿Qué dice la policía? Porque supongo que usted habrá ido a la Sección de Personas Desaparecidas.

Arrugó el peludo entrecejo:

—No. ¿Es que no acepta investigar por mi cuenta o qué?

Denegué con el índice:

—Esto no es un consultorio sentimental, Tonio. Ella y usted discutieron un poquito, ella amoscada se largó y ahora quiere usted que se la traiga, ¿no?

Inhaló aire, a la vez que avanzando el busto aplastaba su pitillo aromático en mi cenicero, gruñó:

—¿O sea que no acepta, eh?

Volví a mover el índice en negativa. Entonces se levantó y como yo estaba sentado, me pudo mirar de arriba abajo:

—¿No quiere mi dinero, eh? En este despacho se cree usted alguien, Wolf Fenton. Váyase al infierno, Wolf Fenton.

Traté de apaciguarle:

—No es preciso que se ponga encrespado, Tonio. Lo que pasa es que yo no deseo timarle. ¿Quiere usted pagarme la tarifa de sesenta dólares diarios para que le busque a su Carmela? Puedo perder un mes.

—¿Es que cree que soy un «pelao»? Porque no vivo en este barrio,

se cree usted que soy un roñoso. Pues, vea.

Sacó un billetero y extrajo tres billetes, nuevos, crujientes. Echándolos desdeñoso sobre mi despacho. Billetes de cien y legítimos.

Yo pensé que si se iba se iría a otra agencia detectivesca, que le atraparían los tres billetes en un soplo. Además, era mi primer cliente.

—Siéntese, Tonio, y cuénteme más cosas.

Me contó que ella era mitad portuguesa y holandesa. Se llamaba Carmela Wanda. Me tendió dos fotos. Una de busto y otra de cuerpo entero.

El rostro era redondo, de ojos achinados, picaros. La silueta también redondilla, bien incurvada. Para un hombre con la cara de Tonio, aquella muchacha era toda una ganga.

—Muy bonita — dije sinceramente.

El emitió un gruñido, y yo añadí:

—¿Dónde trabajaba últimamente?

—En el «Baby», de Culver City.

—¿Y antes?

Me nombró varios clubs nocturnos en Culver City, Santa Mónica y Venice. Fuí anotando en mi virginal agenda y dije:

—«Okey», Tonio, ya le comunicaré noticias apenas las tenga.

Se levantó sonriente. El chico no lo podía evitar. Sonriendo quedaba aún más siniestro:

—Lamento lo de antes, amigo. Usted fue el mejor defensa central que he visto aplastando delanteros.

—Gracias. Y usted lucia soberbio atizándole a Perry Murdock.

Asintió saliendo de mi despacho sobre la punta de los pies. No para, no hacer ruido, sino porque caminaba así para darse más talla.

Mi rodilla derecha me anunció que había humedad en la atmósfera. Me habían extirpado la esquirla de hueso y ya no cojeaba, pero en los días de humedad, la rodilla me servía de termómetro.

Miré las dos fotografías de Carmela. No cabía duda que si de artista tenía poco, como mujer tenía mucho.

Recogí los tres billetes y los fuí a depositar al Banco antes de meterme en mi cacharro y conducirlo hacia Culver City. Llegué un poco antes del mediodía frente al «Baby».

Seguro que no habría nadie en funciones y pude haber telefoneado, pero estaba harto de pasarme el rato sentado en mi despacho. Sobre el umbral del «Baby» había un cartelón con piernas bailando y bustos sobresaliendo.

En el interior del local, una mujer fregoteaba el suelo. Las sillas estaban sobre las mesas y tras el bar, un hombre delgado, de aspecto tristón, iba recogiendo frascos vacíos. Me dijo:

—No hemos abierto aún, ciudadano. ¿Cómo entró?

—Por la puerta. No soy ningún cliente, sino que hago una

comprobación.

Puse sobre el mostrador la tarjeta, más suave de mi repertorio. La que dice: «Informaciones comerciales». El del bar bostezó, preguntando:

—¿Comprobando a quién?

—Una muchacha llamada Carmela Wanda. En este local trabajó ella.

—Sí que trabajó aquí, y era toda una atracción.

—Pero de todos modos, usted la dejó irse.

—Yo no, puesto que no soy el patrón. Lo que obligó a Carmela a irse, fué su novio, un tipo celoso como no los hay. Tal vez le suene. Se llama Tonio Jordan.

—¿No es un boxeador?

—Sí, uno de esos fajadores con pegada y aguante, pero poca técnica.

—¿Mejicano, no?

—Y celoso como Otelo. Venía aquí acechando, y apenas algún cliente se aproximaba demasiado a Carmela, ya estaba él armando la trifulca. Lo tuvimos que echar dos veces y por suerte hizo caso al recordarle que para un púgil es felonía y pérdida de licencia usar los puños sin ser agredido.

—¿Y dónde ha ido Carmela?

—Ni idea. ¿Es que no lo dijo ella cuando pidió comprar a plazos?

Contesté, con aplomo:

—Cuando pidió crédito, trabajaba aquí, y ahora tiene pendiente unos recibos. Por eso trato de encontrarla.

—Entonces lo mejor que puede hacer es preguntarle a Tonio Jordan.

Dije que bueno, y me fuí. Recorrí otros locales y Santa Mónica sin pista.

Pero en Venice tuve más suerte. En un local, el del bar me señaló a una rubia blanca y ajamonada que estaba tratando de llevar el ritmo de una canción que un pianista tecleaba.

La rubia tenía bastante parecido con la del anuncio en la puerta que decía: «Bárbara Lehar, el ruiseñor de Georgia».

Cuando el pianista se cansó, me aproximé:

—Buenas tardes, Bárbara Lehar. Tengo entendido que usted es amiga de Carmela Wanda.

—La conozco. ¿Y qué?

—Pensé que tal vez pueda usted indicarme dónde la encontraré.

Le tendí mi tarjeta de «Información Comercial». Bárbara leyó y al mirarme, sus ojos bovinos parecían menos aburridos.

—¿Pasa algo con el crédito de Carmela? — quiso saber.

—Sólo rutina. Su crédito era bueno hasta hace poco, pero ahora

debe algunos recibos y no nos dejó su última dirección.

—Usted no es ningún vendedor a plazos, amigo. Los tengo bien conocidos y no citan «recibos», sino que dicen «cuotas».

Mentalmente, tomé nota del detalle. Ella acabó de filtrarse:

—Usted husmea por cuenta de este pequeño encajador llamado Jordan, ahueque, grandullón, porque aquí está en territorio enemigo.

Alcé los hombros:

—Bien, como quiera. Si ve a la señorita Wanda dígale, por favor, que me telefonee al número de esta tarjeta.

—Lárguese, ballenato.

Sacudí la cabeza apenado:

—Si usted es el ruiseñor de Georgia, debe dar miedo oír trinar a los gorriones de aquella tierra.

El pianista abandonó su taburete, me miró, me sopesó… y volvió a sentarse.

El del bar se dedicó con furia a limpiar vasos.

Fuera, conduje mi cacharro hasta la casa última residencia de Carmela.

La dueña me dijo que Carmela había pagado hasta primero de mes, pero se había ido sin avisar, dos noches antes. Y suspiró:

—Este boxeador mal encarado, novio o lo que sea, pensaba que la señorita Wanda podía estar enferma, ya que no contestaba al teléfono. Empleé mi llave maestra y entré con el boxeador. Vimos que se había llevado todas sus cosas. Los muebles son míos, naturalmente.

No, no le conocía ningún otro novio, aparte el boxeador Jordan. No, no había dejado ninguna dirección, ni siquiera al cartero.

Me fuí a comer y después volví a mi despacho.

Empecé a teclear en la máquina el informe de mis andanzas, iba lento, porque sólo empleo el índice de cada mano, y aun a veces se me pilla entre las teclas, y entonces me da una rabia espantosa, porque pierdo minutos tratando de extraer el dedo sin romper las teclas.

A medio trabajo, repicó mi teléfono. Una voz femenina, acariciante, me preguntó:

—¿Wolf Fenton?

—Ese soy yo.

—Le habla Carmela «Waaanda». ¿Para qué quiere usted «veeerme»?

—Un amigo suyo está muy preocupado, señorita. Wanda.

—Entonces usted mintió, porque dijo que yo «debíííía» dinero. Le dijo esto a mi amiga. Déjeme en «paaaz», señor Fenton. Y dígale a Tonio que me deje en «paaaz». No quiero verle nunca más.

—Tonio la quiere con toda su alma, muchacha — dije gentilmente —. No le devuelva el anillo hasta darle la oportunidad de hablarle.

—¿Anillo? ¿Quiere el anillo? Yo le daré… ¡Vaya roñoso! Mi anillo…

—Hablé en sentido figurado. Escuche, ¿por qué no viene a mi despacho y hablamos tranquilamente? Usted y Tonio han sido novios mucho tiempo, caramba.

—¡Demasiado tiempo! — y colgó.

Telefoneé al número que con las fotos y billetes me había dejado Jordan.

Y le dije que acababa de comunicar conmigo Carmela.

—¿Dónde está? — resolló, ansioso —. ¿Desde dónde llamó?

—No lo sé, Tonio. No quiere verle más.

—Siga buscándola, amigo. Es posible que esté con la maldita rubia esa de Venice.

—¿Bárbara Lehar?

—Esa misma. Vaya a visitarla.

—Escuche, Tonio. Si Carmela no quiere…

Pero Tonio había colgado. Seguí con el reportaje de mis andanzas. No es que pensase que Tonio quería leer mis pesquisas, pero así tenía yo la sensación de que mi negocio pitaba y era llevado con eficiencia.

Un soplo de viento entró por la ventana tirando al suelo mi papel carbón.

Tuve que ponerme a gatas, porque uno de los malditos y viscosos papeles negros había ido a deslizarse bajo la mesa.

Lo atrapé, cuando se abrió mi puerta.

Vi dos pares de zapatos, y mirando hacia arriba, dos caras de ceño fruncido contemplándome sin la menor cordialidad.

Ambas cosas, pies y rostros, llevaban estampado un sello: polizontes.

—¿Usted es Wolf Fenton? — me preguntó uno de ellos.

Dije que sí con una cabezada y pregunté:

—Bien, ¿qué sucede, caballeros?

—Poca cosa — dijo uno de los dos —. Nada más que un asesinato.

CAPÍTULO II

Me puse en pie, frotándome las manos para quitarme el negro, y pregunté:

—¿Alguien que yo conozca?

—Usted nos lo dirá. Se llama Blade Ryman.

—Ni idea de quién pueda ser.

Fuí a colocar un pisapapeles sobre las hojillas resbaladizas y me senté, afirmando:

—Supongo que son policías, ¿no?

Uno era ancho y alto con una extraña cara delgada, de sabueso. El otro, más chico, más grueso. El alto dijo:

—Soy el sargento Brink Meyer y éste es Barker. ¿Usted no jugaba de defensa en los «Boulder»?

—Sí.

—¿Cuándo vió por última vez a Blade Ryman?

—Ni idea de quién pueda ser este Ryman.

—No nos mienta, Fenton — intervino el gordito Barker —. Le telefoneó a usted hace apenas una hora.

—¿A mí? Ni hablar, hombre. Yo vine a mi despacho hará cosa de una hora y media. Y desde entonces sólo me telefoneó una persona. Una señorita llamada Carmela Wanda.

El sargento Meyer miró a su colega y ambos asintieron. Y dijo Barker:

—Una muchacha… El gerente de la centralilla dice que llamó una chica.

El sargento Meyer me preguntó:

—¿Dónde está ahora Carmela Wanda? ¿Y de dónde llamó?

—Eso mismo es lo que yo quisiera saber — dije muy sinceramente —. Lo único que sé es que me llamó hará cosa de una hora.

—Empecemos por el principio, Fenton — me aconsejó el sargento —. Cuente sus relaciones con la muchacha que le telefoneó.

Barker colocó su gruesa anatomía en el diván, mientras el sargento Meyer ocupaba la silla de visitante.

Me recliné en mi sillón y les conté todo en un tono de voz bien modulado. Meyer iba tomando notas en su libreta y cuando acabé, cogió mi teléfono, llamando a su comisaría.

Les dió la dirección y número telefónico de Tonio Jordan, añadiendo:

—Tráiganlo, que vamos para allá ahora mismo con otro ciudadano.

Colgó y mirándome, me dijo:

—Vamos, Nick Carter. El tiempo es oro. Andando.

—¿Andando dónde? ¿Y acusado de qué? — quise saber.

—No hay por ahora acusación. Venga con nosotros.

El rechoncho Barker, poniéndose en pie, insinuó machote:

—¿Quiere que lo saque fuera, sargento?

Le empecé a coger tirria a aquel pollastre. Con que le espeté:

—Póngame una mano encima, rollo de carne, y le tiro por aquella

ventana. Y si cree que va de broma, venga a por mí.

El rostro de Barker se puso feo y colocó la mano bajo su chaqueta. Bruscamente, le atajó Meyer:

—Va bien, Stan, tómalo con calma — y mirándome a mí, gruñó —: ¿Quién demonios se cree usted que es, Fenton?

—Un detective privado instalado en mi despacho. Con sobradas referencias, como, por ejemplo, en su propia Comisaría, el capitán Longford y el teniente Harry Owen.

Barker miró a Meyer, Meyer miró a Barker, y, por fin, el sargento sacudió la cabeza como un perrillo al que le quitan un hueso.

—¿Conque teniendo influencias, eh? Muy bien, señor Fenton, ¿puedo rogarle tenga la inmensa bondad de acompañarnos al Precinto Oeste para continuar conversando? Su cliente estará allí y podremos conectar todo lo necesario.

Bajando las escaleras, Meyer reía bajo su bigote. Ya en el zaguán, dijo:

—Se puso muy duro arriba, Fenton. Lástima que no empleara la misma dureza contra los «Rocky», la última temporada, en que sus delanteros se le colaron a usted por donde quisieron.

—De memoria anda usted fatal — le dije —. Porque a través de mi banda no se filtró ni uno sin que le placase.

Cuando llegamos al Precito estaba ya Tonio Jordan en un cuarto con ventanas enrejadas, charlando con un detective. Uno uniformado iba tomando notas. El de paisano se volvió, y entonces reconocí al teniente Harry Owen:

—Wolf, el pétreo Wolf — murmuró —. ¿Qué diablos en un día tan espléndido le trae por aquí?

—Meyer y Barker — especifiqué —. ¿Qué tal está, Harry?

—Sorprendido — y miró a Meyer —. ¿Qué pasa con Fenton? ¿Metido en algún jaleo?

Alzó Meyer los hombros:

—Puede que lo esté. Alguien le telefoneó desde el «hotel» en que fué asesinado Blade Ryman.

—¿Que le telefonearon a Wolf…? Ah, ya… Usted es ahora un privado. Recuerdo haber leído algo sobre su licencia — y sonriéndome añadió Harry Owen —: Tonio no quería darme el nombre de su detective. ¿Cuál es la historia, Wolf?

El uniformado volvió una hoja de su bloc y miró interrogante al teniente, que asintió en señal casi imperceptible. Insinuó Meyer:

—Tal vez sería mejor tomarles las historietas separadas, teniente.

—Barker, lleve a Jordan a la antesala hasta que les llame. Distanciados de la puerta — indicó Owen. Barker y Jordan salieron y señalándome una silla añadió Owen —: Siéntese y cuénteme, Fenton.

De «Wolf» pasaba yo a «Fenton» en menos de un minuto. Un

polizonte es un polizonte. Le conté lo que ya había explicado a Meyer y Barker. El de uniforme fué tomando apuntes de todo. Cuando acabé, Owen miró a Meyer:

—¿El gerente del hotel dijo algo acerca de una mujer en el cuarto?

—No, pero puede que sea por discreción profesional en su negocio. Tal vez convendrá que le interrogue más a fondo.

Asintió Owen, y mirándome manifestó:

—Pasaremos su declaración a máquina y la firmará. Espere en la antesala hasta que haya hablado con Jordan.

Entrando, mi cliente no me echó ni un vistazo. Miraba al suelo, como si estuviera escuchando las advertencias preliminares del árbitro.

Nadie me acompañó en la antesala: me senté en un banco dedicándome a estudiar la pared opuesta. Poco después desde la puerta me llamó el sargento Meyer. Cuando entré, salió el uniformado.

El teniente Harry Owen me señaló una silla:

—Siéntese y descanse, Wolf. Tendremos las declaraciones a punto de firma dentro de poco.

Me senté, satisfecho de volver a ser Wolf. Barker salió, y Meyer se dedicó a estudiar los barrotes de la ventana. Tonio Jordan me miró con cierta ansiedad desde su silla junto a la mesa. Dijo el teniente:

—Manifestó usted que Carmela Wanda le telefoneó, Wolf. ¿Está del todo seguro que era ella?

—Yo sólo sé que ella me dijo que era Carmela Wanda. Nunca había oído su voz.

—¿Tenía acento exótico?

—A ratos. Alargaba vocales. Y por cierto, pensándolo bien, no era consistente.

Jordan frunció el ceño:

—¿Consistente? ¿Qué quiere decir consistente?

—Quiero decir, Tonio, que ella no mantenía el acento constantemente. Era como si pudiera tener acento y perderlo a voluntad.

Asintió Tonio:

—Esto le pasa a ella. Por ejemplo: para actuar en las tablas, emplea el acento; no hay tablas, no hay acento.

—Pero tal vez no fuese Carmela. Pudo ser alguna intentando complicarla.

—¿Quién por ejemplo? — preguntó Owen muy cándidamente.

—Ni idea. Averiguarlo corresponde a la policía, ¿no? — le largué.

—De acuerdo, Wolf — sonrió Owen —. No nos pongamos amargos. Usted es nuevo en este negocio. Y tiene mucho por aprender.

Y lo primero que hoy aprende es que debe mantenerse muy apartado de todo caso de homicidio. No nos gusta tener privados en casos de asesinato.

No rechisté. Tonio Jordan intervino suavemente:

—¿Sigue buscando mi Carmela, Wolf?

—Ahora, y gratis, hay ya diez mil polizontes buscándola, Tonio.

Con rostro desdeñoso, guñó Jordan:

—¡Bah, polizontes! Todos iguales. Una manada de avasalladores, un rebaño de…

Desde la ventana atajó el sargento Meyer:

—¡Vigile su lengua, hombrecillo!

Tonio saltó en pie, temblándole el cuerpo de peso ligero:

—¿Hombrecillo? Sesenta y siete kilos. ¿Quiere usted probar mi peso, polizonte del demonio?

Hice de árbitro apresuradamente:

—Vamos, vamos, Tonio, siéntese. Y cállese, o nos las tendremos usted y yo, caray. No puede pelear con polizontes, Tonio.

Tonio me miró un instante furioso. Después se sentó, y el sargento Meyer dijo blandamente:

—Si hubiese tenido la misma energía con los «Rocky»…

La calumnia me puso escrespado. Le dije a Owen:

—Dígale a este gorila que está junto a la ventana que ninguno de los «Rocky» pudo filtrarse por mi banda nunca.

Asintió Owen:

—Lo confirmo yo. ¿Cómo se metió a privado, Wolf?

—Porque tengo un talento natural para la profesión. Ha de acordarse de que mi viejo fué polizonte.

—Es verdad. Lo había olvidado. Pero usted pudo intentar su admisión en cualquier Departamento oficial. Necesitamos hombres desesperadamente.

—Lo adivino por los dos ejemplares que hoy he visto. Pero yo no estaba tan desesperado como para alistarme con esta pandilla.

Meyer abandonó la ventana y su rostro de sabueso echaba chispas:

—¿Tengo que aguantarle esto a Fenton, teniente?

Owen miró la mesa. Tonio sonrió complacido, y yo dije:

—Retiro lo dicho, sargento, si usted deja de jeringarme con eso de que los «Rocky» me aplanaron Todos tenemos nuestro orgullo, ¿sabe?

Meyer gruñó algo y regresó a su ventana. Owen dijo gravemente:

—Arranca mal en su profesión, Wolf. Usted necesitará aquí amistades, como cualquier otro privado.

—Por naturaleza soy amistoso, pero nunca he aprendido a tragarme insolencias ajenas, y no voy a empezar ahora.

Suspiró Owen. Después vino el uniformado con las dos declaraciones, que aparte firmamos Tonio y yo. Nos fuimos juntos, y me llevó en su radiante «Pontiac», color salmón, tan completo que sólo le faltaba una batidora.

A medio camino de mi despacho, gruñó Tonio:

—Encuentre cuanto antes a mi Carmela.

—Puede que ya no la vuelva usted a ver, Tonio. Puede ahora estar a muchas millas de distancia.

—Usted la encontrará — me afirmó confiante —. Yo le pago y usted la encontrará.

Apretaba tanto el acelerador, entablando carreras con «Cadillac» y «Rolls», dos marcas que parecían ponerle furioso, que le dije:

—Más flojo, Tonio. Ya hemos tenido bastante jaleo con la policía.

—Bah, polizontes — y escupió por la ventanilla.

—Somos dos ciudadanos ahora, Tonio. Ya no somos figuras del deporte, sino ciudadanos que tenemos que aprender a conllevarnos con la Ley.

Él no contestó. Cuando yo bajaba ante mi despacho, dijo:

—Usted encontrará mi Carmela.

Y su «Pontiac» salió embalado, petardeando.

CAPÍTULO III

La Prensa de la mañana me aclaró el caso. Hasta había un titular diciendo: «Ex estrella de los «Boulders» interrogada sobre el crimen del hotel».

Había un retrato mío con mi equipo de rugby.

Me enteré que el muerto — Blade Ryman —, era un escritor y agente literario. Pero en el Sur de California, y especialmente por mi ciudad, cualquier holgazán justifica su haraganería intitulándose escritor.

La foto de Blade Ryman lo presentaba como un hombre guapo. No se mencionaba para nada a Carmela Wanda. Sólo una leve indirecta a «una mujer misteriosa», y también «un destacado pugilista» sin dar nombres.

Blade Ryman había sido acuchillado con saña. Nada menos que catorce navajazos. Lo había ya leído todo y me disponía a tragarme las columnas deportivas, cuando se abrió la puerta de mi despacho y entró una muchacha. Alta, con cabello de ónice y un vestido claro que la revelaba como de primera clase. Iba acompañada por un joven que tanto podía tener dieciocho como veintiuno. Era más alto que la chica

y un rato más ancho.

La muchacha preguntó:

—¿Señor Fenton?

Me levanté asintiendo, y ella sonrió con cierto envaramiento:

—Me llamo Doris Nilson, y éste es mi hermano Finn. Él deseaba venir para conocerle.

—¿Qué tal? — y de pronto el nombre de Finn Nilson campanilleó en mi sesera —. ¿No será usted el Finn Nilson de mi antiguo gremio? Había un Finn Nilson, ala izquierda, que jugaba con el Sur Universitario.

El mozo sonrió ruboroso:

—Sí, señor Fenton. Por esto quise venir a estrecharle la mano. Yo creo con toda sinceridad que usted fué el mejor defensa que tuvo el «Boulders».

Me sacudió la diestra con vigor, y me puse todo contento:

—Gracias, muchacho. Pero por lo que llevo leído, usted juega un rato también. ¿Irá a las finales?

—Todavía no lo he decidido, señor Fenton. Estoy estudiando las ofertas.

Su hermanita dijo suavemente:

—Ahora que ya os habéis conocido personalmente, Finn, ¿quieres esperarme en el coche?

—Seguro — y ondeando la manaza se fué el muchacho.

Señalé una silla, y ella se sentó en el borde, erguida. Me ofreció cigarrillos, le dije que no fumaba, le ofrecí el mechero, dijo que gracias, y yo me senté.

Ella aspiró a fondo, y dijo:

—No sé cómo empezar.

—Empecemos por el principio — dije yo, recordando el estilo del sargento Meyer.

—Bien, pues para empezar… yo estaba enamorada de Blade Ryman… No estábamos comprometidos oficialmente, pero…

Se interrumpió y aplastó en el cenicero su cigarrillo recién encendido. Volvió a ponerse envarada y me dijo:

—Estoy asustada, señor Fenton.

—¿Teme a la persona… que mató a Blade Ryman?

—Sí… ¿Sabe usted… sabe la policía quién lo mató?

—Yo no. La policía no sé si lo sabe. ¿Y usted?

Respingó:

—Naturalmente que no. ¿Cómo podía yo saberlo? Si lo supiese hubiese ido a la policía. Lo que quiero investigar es el pasado de Blade Ryman.

—¿Por qué?

Me miró desafiante:

—Mis amistades no le apreciaban. Y ahora que ha sido asesinado… y que se rumorea que había una mujer de por medio… quiero saber…

—Escuche, ahora ya los rumores no pueden herirle a él. Y la policía investigará a fondo su pasado. Ellos tienen más medios para investigar. Y usted conmigo gastaría su dinero en dudosa inversión, señorita Nilson.

Estaba pálida.

—El dinero no me importa. Parece que no le agrada trabajar en esta investigación.

—Por favor, entérese del motivo. Es usted el segundo cliente que tengo en mi cortísima carrera de privado. El primero entró aquí ayer. Y me vi envuelto en la muerte de Ryman. Ayer, en la comisaría me advirtieron que me mantuviese lo más alejado posible de cualquier caso de asesinato.

—Pero yo quisiera poder confiar en alguien, señor Fenton. Finn y yo somos huérfanos. Y él le admira mucho. Y entonces leímos que en cierto modo estaba usted relacionado con el caso, y por esto.

—Bueno, cuénteme más cosas. Sobre Blade Ryman.

Lo había conocido en una fiesta dada en Hollywood. Era un hombre guapo y divertido. Bastó en un principio, pero luego ella se dió cuenta de que también era supersensitivo, amargado, y creyéndose un genio incomprendido. Y sin un centavo.

Ella explicándose, miraba a lo lejos por encima de mi cresta:

—Mis amistades no hacían más que prevenirme contra él. Le consideraban un cazador de dotes.

—¿Y ahora desea usted saber si estaban en lo cierto?

—Me gustaría demostrarles que estaban equivocados. Pero quiero conocer la verdad.

—¿Por qué?

—Ya me lo preguntó antes. ¿No basta que desee saber y esté dispuesta a pagar para saberlo?

—Por mí debería bastar, ya que debo el alquiler de mi piso. Lo que me sorprende es que no hiciera usted investigar el pasado de Ryman antes que lo matasen.

—¿Usted hubiera hecho pesquisas sobre alguien a quien amase?

—Si yo hubiera sido una chica con la suficiente fortuna para atraer a un cazadotes, naturalmente que hubiese hecho pesquisas.

Me miró fríamente:

—Hasta ayer no me interesaban las amistades de Blade. Pero ahora sí… Y estoy asustada.

—Haré comprobaciones. Creo que bastarán un par de días. Tengo otro caso entre manos, pero puede que en cierto modo estén relacionados ambos.

—¿Relacionados en qué sentido?

—No pudo decirle más de lo que cuentan los periódicos. Además, usted vino a visitarme después de leer los periódicos, ¿no?

—En parte. Vine principalmente por Finn. Él le admira y para él usted es un semidiós.

—Debe de ser el primer ala en la historia del rugby que admire a un defensa central. Gracias. Le comunicaré las primeras informaciones que sean substanciales.

Se despidió, dejando tras ella una suave fragancia de perfume exclusivo. Pasé a echar vistazos a los Registros de Escritores. No constaba Blade Ryman. El presidente de la Sociedad de Autores no había oído nunca mencionar al escritor Ryman, pero me prometió pedir información a la central neoyorkina.

En el listín, encontré la dirección de Blade Ryman, como agente literario en Hollywood. En el rascacielos blanco, la Agencia Literaria Blade Ryman estaba en funciones.

Un joven sentado en el despacho interior, tecleaba una máquina a una velocidad extraordinaria. El ruido que hacía le impidió oírme. Pude estudiar el local: cuatro mesas oficina y sobre dos de ellas sobres voluminosos sin abrir.

Dije a modo de saludo:

—Veo que el negocio pita.

Los dedos voladores se detuvieron en el aire, y me miró sorprendido:

—¿En qué puedo serle útil? — y encendió un cigarrillo.

—Puede hablarme de Blade Ryman.

Me miró con curiosidad, exhalando hume:

—Ha muerto. Éramos socios. ¿Puedo saber por qué le interesa Ryman?

—Me llamo Wolf Fenton. Soy detective privado. Y trabajo para un cliente interesado en averiguar por qué murió Ryman.

El joven se levantó. Era alto y delgado. Se masajeó los músculos del cuello con dedos manchados de nicotina.

—Siéntese si le apetece. La policía ya ha contemplado a Ryman bajo la lupa. Tenía veintiocho años, y medía metro ochenta. Supongo que sería lo que las mujeres llaman un hombre guapo e interesante. Había publicado tres novelas.

Me senté.

—Me ha dicho que usted era socio. Pero en el listín y abajo en el casillero sólo figura Blade Ryman.

—El negocio estaba a nombre de Ryman, aunque yo hiciese el ochenta por cien del trabajo. Pero Ryman fundó el negocio. Ahora que está muerto, yo intento llevar el negocio adelante

—¿Quién publicó las novelas de Ryman?

El delgado joven hizo una mueca que era una imperceptible sonrisa:

—Una firma llamada «Prensas Libres». Algunos cínicos la llaman «Prensas Vanidad». Técnicamente funcionan del siguiente modo: usted es, por ejemplo, un escritor que confía en sí mismo y quiere verse publicado. Le basta con pagarse los gastos de publicación y firmas como «Prensas Libres» le publican lo que quiera.

—Ya veo. Y el autor supone que su libro se venderá lo bastante para cubrirle los gastos.

—Eso espera, y a veces lo consiguen. Pero lo que generalmente más le importa es verse publicado. Prestigio del nombre impreso, ¿comprende?

—¿Entonces, lo que buscaba Ryman era sólo el prestigio?

—No estoy del todo seguro, ya que sus tres novelas fueron publicadas antes que él abriese esta agencia.

—¿Qué es lo que usted ve?

—Todos estos sobres con manuscritos, que siguen sin abrir. ¿El correo de hoy?

—Hay otra cosa que técnicamente tal vez no conozca usted. Esta agencia aconseja a los noveles. Cobramos una tarifa por analizar sus obras. Solemos evitar el descorazonarlos.

—Ya. Tal vez Ryman fuera asesinado por un escritor descontento. Yendo a lo positivo me han descrito a Ryman como supersensible, talentudo, amargado y sin un centavo.

—Estaba amargado. Tal vez fuese sensible, no tenía talento y sólo una persona con mucho dinero pudo considerarle sin un centavo.

—Mi cliente tiene sobrado dinero.

—Puedo adivinarlo. Una rica personalidad femenina. Ryman conocía montones de mujeres ricas.

—Me lo han descrito también como un tramposo cazador de dotes — dije.

—Yo estimo que cualquier opinión es libre

—A todo eso, ignoro su nombre.

—Me llamo Red Penrock. ¿Por qué desea saberlo?

—Pues porque creo que un detective competente habría empezado por ahí. Sólo que yo soy nuevo en este gremio. ¿No puede decirme nada más de Blade Ryman?

—Jugaba algo. Tal vez tenía deudas de juego. Lo que pudiera estar haciendo en el hotel donde murió, cabe imaginarlo. Alguna cita amorosa.

—¿Quiénes eran sus mejores amistades femeninas y masculinas?

—No puedo serle de mucha ayuda en este capítulo. Yo no frecuentaba sus ambientes. Había una chica llamada Doris, una de esas niñas bien, y otra nueva, cuyo nombre no recuerdo ahora. Era

actriz o cantante…

—¿Carmela Wanda?



—*Écheme fuera, Kid, si puede, naturalmente…*

—¡Esa misma! Las restantes amistades de Ryman, no las recuerdo. Cuando vaya haciendo memoria puedo apuntarle una lista.

—Lo apreciaré. Gracias, Red.

—No tiene importancia — y sonrió añadiendo —: Si alguna vez escribe alguna novela, tráigala que se la analizaré gratis.

En la calle hacía calor. Y en la casa donde había vivido Ryman,

encontré un anciano con ropa de jardinero, recortando un seto. Le dije quién era yo y si había conocido a Ryman.

—Era inquilino. Nada más.

Le mostré un dólar que recogió, diciendo:

—Sentémonos a la sombra. Hoy el sol es matador — y nos fuimos a sentar bajó un parasol —. La policía ha venido a preguntarme sobre Ryman. La vieja dueña fué la que más les habló. Yo no sé dónde vivía antes Ryman. Dicen que era un faldero.

—¿Traía aquí alguna de sus amistades femeninas?

—¿Aquí…? La vieja lo hubiese echado. Poca cosa sé de él, porque no era comunicativo. Si supongo que era faldero es por los periódicos, que mencionan a una misteriosa dama que pudiera ser la que le mató.

—¿Pagaba su alquiler religiosamente?

—Por lo que hoy en día pasa, pagaba bien. Por cierto que ayer por la mañana Ryman me dijo que estaba esperando una llamada, y que si ella llamaba estando él fuera, le dijese yo que la amiga de esta mujer estaba bien y que no había motivo para preocuparse. Dijo Ryman que la mujer que telefonearía podía estar algo nerviosa y que yo le dijese que no se preocupase, que alguien llamado Tony, o algo parecido, no era de cuidado.

—¿Telefoneó ella y le dió usted el mensaje?

—Así lo hice.

—¿Como se llamaba ella?

—Veamos, veamos — y el viejo cerró los ojos —: Lo tengo en la punta de la lengua… Un nombre bonito… Eso es. Bárbara Lehar.

Le di las gracias, y me fuí. Conduciendo, traté de ensamblar los jugadores en el terreno. Blade Ryman y Carmela Wanda daban una pareja rara, pero a veces pasa así. El intelectual se casa con su cocinera, y la aristócrata con su chofer.

Doris Nilson venía a verme, porque vió mi nombre conectado con la muerte de Ryman. Me trajo a su hermano, para que yo me emocionase halagado.

Yo podía estar representando a dos partes con intereses opuestos, cobrando de ambas. Podía perder mi licencia, y de paso algunos dientes si Meyer y Barker me pescaban metiendo la nariz en asesinato.

Fuí a comer, y después al local donde tuve mi primera entrevista con Bárbara Lehar. El del bar me dijo que ella no tardaría en llegar.

Pedí cerveza, y eché monedas en el tocadiscos. Al final del bar, un moreno leía el boletín de carreras. En una mesa de la esquina, un individuo dormitaba con la cabeza entre los brazos cruzados sobre la mesa.

El local tenía una grata penumbra. El del bar me dijo:

—Le conozco no sé de dónde. ¿Boxea o lucha?

—Jugaba de defensa en el «Boulders».

—¡Dios! Usted es Wolf, «El Pétreo». Wolf Fenton, hombre.

Asentí modestamente. Y él protestó:

—¿Pues qué pasó en la última temporada? Malditos «Rocky»… Pudimos pegarles por dos veces a los campeones, y en cambio no pudimos con los «Rocky» — se abrió la puerta y entraron un par de mozos, con pantalones téjanos y camisas coloridas. Con arrogancia pidieron «cubas libres». El del bar les miró con desdén:

—Perdería mi licencia si os despachase ron. No tenéis la edad.

Ambos mocitos a la vez se llevaron la mano atrás. No sacaron pistola sino una carterita, abriéndola sobre el mostrador, y uno dijo:

—Lea, abuelo, y desplace el aire de dos copas con ron.

El del bar denegó:

—He visto otras licencias de conductor robadas. Adiós, muchachos.

No protestaron. Uno de los muchachos, dijo:

—Bueno, sirva pues «Coca-Cola» limpia, abuelo.

Cogieron los frascos y se embelesaron ante el tocadiscos. Volvió a abrirse la puerta y entró Bárbara Lehar. Sus ojos bovinos fueron de la mesa donde dormitaba un cliente hacia los dos muchachos, y, por fin, se posaron en mi persona. Le dije:

—La estaba esperando.

—Muy romántico — dijo ella y pasó de largo abriendo una puerta al fondo. La puerta restalló tras de ella.

El del bar me guiñó un párpado, diciendo:

—Es una bola de fuego. Voy a ver si le arreglo la cosas, Fenton.

Se marchó por el corredor dejando la puerta entreabierta. Regresó para decirme:

—Puede verla. Le enseñaré su camerino.

Le seguí hasta un cuarto al final, donde entré. Bárbara dijo:

—No hay sitio para que se siente, pero supongo que no estará aquí mucho rato.

Ella se instaló en el banquillo de su coqueta. El del bar se fué. Había fotos en torno al espejo. Una era de Carmela. Había una cortina, que debía de aislar la ducha, y el pequeño camerino olía a talco y mujer.

—¿Usted conocía a Blade Ryman, no? — le pregunté.

—Una vez tan sólo nos vimos. Estaba con Carmela y me lo presentó.

—¿Dónde está ahora Carmela?

—No lo sé.

—La policía, la anda buscando en conexión con un asesinato. Sería usted inteligente si me contase todo lo que sepa de Carmela.

—Usted no es de la policía.

—Tanto es así que no les he explicado a los de la policía lo que sé

de usted. Pero ahora lo haré — y di media vuelta.

—Un momento.

Otra media vuelta y la contemplé. Ella susurró:

—¿Qué tiene en contra mía, grandullón? ¿Qué le he hecho yo?

—Nada a favor, nada en contra.

—¿Le debo algo? ¿Por qué tengo que hacer nada por usted?

Di otra media vuelta en dirección a la puerta, y de nuevo dijo ella:

—Un momento — y esta vez añadió —: ¡Maldita sea! ¿Quién demonios se figura usted ser?

—Sólo un tipo buscando a Carmela Wanda. Para eso me pagan. Para encontrarla. Para mí ella no significa nada, aparte de que la busco. Supe esta mañana que usted telefoneó a Ryman ayer y que recibió un mensaje concerniendo a Carmela, por eso he venido aquí. Y como usted dice que no sabe dónde está ella, me largo. Creo que todo es de una claridad aplastante, ¿no?

—Muy claro, pero usted soltó un amago sobre hablar con la policía.

Nada respondí. Y ella se pasó la mano por la clara melena, quitándose una horquilla. Se inclinó para quitarse los zapatos. Pregunté:

—¿Nada más, Bárbara?

—Carmela es amiga mía. Pero la única persona que sabía dónde fué ella después de abandonar su piso, era este Ryman. Todos los mensajes me llegaban a través de Ryman. Carmela tenía miedo de que si yo supiera dónde estaba ella Jordan pudiera sonsacarlo. Y como existe Dios que no sé dónde está ella ahora. Pero tengo miedo.

—¿Cree que alguien sabe dónde está?

—Quien mató a Ryman puede saberlo.

—¿No cree que fué Carmela quien lo mató?

Respingó la rubia:

—¡Ni hablar! ¿Carmela matando…? Muchacho, está usted despistado. Carmela es tierna como una tórtola.

—¿Tierna con la vida que llevaba? Una vida dura…

—¿Dura? Si a una le gusta, no es dura. Además ella no tenía por qué odiar a ningún hombre. Tenía todos los hombres que quería.

—¿Quién mató a Ryman entonces? ¿Y por qué se esconde Carmela?

—Yo no soy ningún polizonte, amigo. Y le he dicho cuanto sé.

—Muy bien, Bárbara. Gracias.

—De nada. Cuando no juegue a ladrones y policías, vuelva a verme. Podremos beber un par de copas juntos.

—No es mala idea — y guiñé en despedida.

En el bar ya no estaban los dos gamberros. Cuando me acerqué a

mi cacharro me quedé bizco. Lo tenía tapizado de blanco y verde, en plástico, y me gustaba mucho.

Abriendo la puerta, me mareé. Alguien había lacerado toda la tapicería con un cuchillo. Bestialmente, dejando en jirones los asientos.

Seguía yo atontado con un pie en la acera y otro en el estribo, cuando un hombre salió de un coche aparcado y, acercándose, me dijo:

—Vi dos muchachos con téjanos y camisa de colores abriendo la puerta de este coche. Me parecieron sospechosos. Tenían un coche cerca del mío, y les tomé el número de licencia — me tendió un papel.

—Muchas gracias. ¿Puedo saber su nombre?

Sonrió mi informante:

—Escuche, yo vivo aquí, y mis chicos van a la escuela de este barrio. No quiero tener jaleos con estos gamberros, ni que tomen represalias con mis chicos.

Lo comprendí y le repetí las gracias. En la comisaría del barrio, enseñé mi tapizado hecho papilla, les expliqué lo de los gamberros, y les dejé el número de licencia.

Después fuí a visitar al teniente Harry Owen, que me sonrió sin demasiada frialdad. Le conté mi reciente suceso. Me escuchó sin gran interés. Dijo:

—Ayer le di un consejo, Wolf. ¿Lo recuerda?

—Si. No meter la nariz en lo que huela a asesinato.

—Eso es. Y ahora, por no hacerme caso, tiene su coche hecho jirones.

—Entonces, ¿no puedo ganarme la vida o qué?

—No si trabaja para un cliente que está interesado en salvarle el cuello a su novia. Porque le consta que si Tonio encuentra a Carmela no será para entregárnosla.

—Supongo que no, pero yo sí, ya que ante todo soy un ciudadano.

—Por ahora sí, pero está usted en una profesión en la que no puede tener demasiados escrúpulos, si es que quiere clientes.

Me levanté:

—Creía que mi reputación decente me pondría en un campo favorable ante la policía. Veo que me he equivocado.

Levantó la mano en señal de paz:

—No se enoje, Wolf.

—No estoy enojado. Harry. Pero tengo que ganarme la vida en algo.

Sin sonreír me advirtió:

—Adiós, Wolf. Y apártese del camino de la policía, porque si topamos con usted, le pisaríamos con fuerza.

—Hombres más pesados me pisotearon y sobrevivo.

Me dirigí a mi despacho para informar por teléfono a la Compañía de Seguros, y pasar a máquina el reportaje de mi día.

Lo único que veía muy claro, es que mi nueva profesión no tenía nada de placentera. Me daba cuenta que yo estaba en un limbo entre la Ley y los sin ley.

Mis amigos en el Departamento de Policía, habían sido mis amigos… antes de que yo empezase a actuar como polizonte privado.

CAPÍTULO IV

Terminé cerca de las siete y telefoneé a Doris Nilson, que sustituye a la doncella que cogió primero el auricular. Le dije a Doris lo que había averiguado y añadí:

—Usted debe conocer algunas amistades más de Ryman. Déme sus nombres y direcciones, para que siga averiguando.

—¿Está usted atareado ahora? ¿Puede venir a mi casa?

—Todavía no he cenado. Déme una hora para masticar.

—Puede cenar aquí. En el patio se está fresco.

—Vengo pitando.

Cuando llegué la vi luciendo un blanco drapeado que dejaba al aire sus hombros, le apretaba el talle y acampanaba hacia abajo. Había una brisa Oeste, pero la noche estaba cálida.

Un negro pasaba suculentos filetes a la parrilla. Ella me preguntó:

—¿Un «Martini»?

—Prefiero cerveza.

De un compartimiento frigorífico metido en las cerámicas que cercaban el patio, sacó una botella de «Lügger». La probé y sabía a gloria. Me recliné en el sillón mullido y suspiré. Aquello era la gran vida.

Ella se sentó frente a mí y dijo quietamente:

—He estado pensando en usted todo el día.

Como esto podía interpretarse equivocadamente, no rechisté. Ella añadió:

—Necesitamos un hombre Finn y yo. Necesitamos un hombre en el cual yo pueda confiar y Finn admirar. Me gustaría contratarle.

—Sus padres no existen ya, ¿pero no tiene familiares con sentido?

—No. Y tenemos un abogado asesor, pero, desgraciadamente, carece de músculos y valor.

—Y usted quiere contratar a un hombre con músculos en quien confiar, ¿por qué?

—Porque a veces es más efectivo un bíceps sólido que una carta de un abogado.

—¿Y últimamente necesitaba usted un hombre fuerte, no?

Suspiró ella:

—Francamente, no anima usted al cliente, señor Fenton.

—Lo siento, pero es que hoy he tenido un día malo — y le conté lo de mi tapizado acuchillado.

—¿Se da cuenta? Muchachos fuertes, arrogantes y salvajes. ¿Comprende ahora por qué necesito un hombre como usted?

—¿Era así Blade Ryman?

—Pensé al principio que sí. Pero pude estar equivocada. Creo que la cena está ya lista, señor Fenton.

Filete, churros de pescado sabroso, ensalada suculenta, queso francés importado, una noche tibia y una hermosa muchacha ofreciéndome un contrato de escolta. Entonces, ¿por qué no aceptaba yo de cabeza?

Una familia antigua esta de los Nilson. Dinero, alta sociedad, amistades… Si le resolvía la pega a Doris, sus amistades acudirían con sus pegas. Yo me iba sermoneando: «No seas cándido, Wolf, así es el mundo. Un poco más complicado que placar a un delantero o proteger tu ala de equipo, pero en la oferta de Doris hay una promesa de magnífico arranque».

El negro que servía la mesa me preguntó al final:

—¿Puedo servirle un licor de su agrado, señor Fenton?

—Otra cerveza.

Ella me dijo:

—No fuma y sólo bebe cerveza. Es usted altamente moral.

—Yo creo más bien que todavía no he debutado en los vicios agradables.

Rió ella:

—¿En ninguno?

La miré rectamente, muy al bulto.

—Si lo que apunta se refiere a mi soltería, señorita Nilson, certifico que no.

Ella se sonrojó, replicando:

—Considero su respuesta algo brutal.

—Pero la envolví en finas palabras. Creo que entre ambos hay un pequeño abismo de poca franqueza. ¿O sólo lo imagino?

—Hablaré más claro, señor Fenton. Creo que necesito protección ya que carezco de sentido. Creía que Blade Ryman era un escritor talentudo y un agente literario moral. No era ninguna de las dos cosas, ¿no?

—No acabo de saberlo cierto. ¿Es que él proclamaba ser ambas cosas?

—Era inteligente para ser vanidoso, y no hablaba mucho de él.

—Al parecer usted se enamoró rápidamente, ¿verdad?

Se le tensó el rostro:

—Lo admito.

—¿Sigue creyendo que los enemigos de Ryman pueden serlo suyos también?

—Así es.

Me levanté.

—Ha sido un día activo, señorita Nilson. No veo motivo para no aceptar su oferta. Y gracias por la espléndida cena.

—Puede llamarme Doris.

—Buenas noches, Doris. Si algo pasa que deba saber, comuníquemelo inmediatamente, a cualquier hora, ¿estamos?

—Así lo haré. Voy a acompañarle, Fenton.

Un gesto que me hacía seguir siendo un invitado y no un empleado. Pasamos del patio a un vestíbulo, donde una doncella esperaba y abrió la puerta. Repetimos Doris y yo las buenas noches, y conduje hacia mi piso. En una casa vieja, estilo español, construida en torno a un patio. Algunos de los inquilinos estaban en el patio.

Pasé a mi nido. Una alcobita, un vestibulito, una cocinilla y una duchita. Ya había digerido y me puse bajo el chorro. Secándome me examiné en el espejo de talla grande.

Realmente, merecía mi apodo de «Pétreo». El médico de los «Boulders» me había, repetido que yo estaba construido como una muralla, con músculo» para aguantar catapultas.

A mí me hubiera gustado ser esbelto, veloz y agilísimo. Pero resulté roquizo. Y mi mente iba emparejada con mi anatomía. Nada de ágil, sino sólida y tenaz.

A la mañana siguiente la Prensa no llevaba nada nuevo sobre Ryman, sólo que una muchacha llamada Carmela Wanda era buscada por la policía.

Me preparé el desayuno: huevos, tocino, jamón frito, cuatro tostadas, mantequilla, dos vasos grandes de leche y un café.

Cuando llegué al aparcamiento de mi despacho, me encontré un coche de la policía esperando. Dentro iban el sargento Brink Meyer y el no graduado Stan Barker. Ambos sonreían:

Asomó Meyer su cara de sabueso famélico:

—Tengo entendido que ayer el teniente Owen estuvo algo seco.

—Así fué. ¿Le ha enviado Harry para que me presente excusas?

—Digamos que pudo estar más amistoso ya que usted le contó algo que nosotros no sabíamos.

—¿Lo de Bárbara telefoneando al piso de Ryman?

—Eso es. ¿Y quién es Bárbara Lehar?

—«El ruiseñor de Georgia». ¿Les gustan las pajaritas, muchachos?

Meyer se rió. Barker apenas sonrió. Meyer dijo jovialmente:

Por una vez podemos llevarnos bien con un detective privado, Fenton.

—Arriba tengo un informe completo de mis actividades.

Me siguieron escaleras arriba y les tendí la copia de mis andanzas Meyer sacó apuntes, y al terminar dijo:

—¿Sabe el otro apellido de Bárbara Lehar?

—No, pero en el local donde actúa podrán saberlo.

—Ya que saca copias, ¿por qué no coloca otro papel carbón y nos envía una copia a diario mientras sigue buscando a Carmela?

—¿Y qué obtengo a cambio?

—Nosotros somos la Ley, Fenton.

—No en mi barrio ni despacho. ¿Qué saben de Carmela, muchachos?

Barker encendió un pitillo, hostilmente silencioso. Meyer arrugó las cejas.

—Sabemos que estaba mezclada con un rufián llamado Gene Weston, uno de los veteranos del *gang* de Kenedy. No hemos dado aún con él, aunque está en la ciudad.

—¿Y Ryman? ¿Quién paga su funeral? ¿No tiene familia?

—Creo que no, porque se encarga del entierro su socio Penrock. Esta tarde son los funerales. En los Campos Elíseos.

—¿Entonces no averiguó nada de Ryman?

—Un tipo más de la fauna de Hollywood. Aparecen, desaparecen… Bien, vamos a preguntarle unas cosas al ruiseñor de Georgia. Y atornillar un poco más al gerente del hotel donde murió Ryman.

Ya en el umbral, se volvió Meyer para añadir:

—Siga teniéndonos al corriente siempre, Fenton.

—A la orden, mi sargento.

En resumen, al principio Carmela sólo intentó huir de Tonio. Ahora intentaba también huir de la policía. Pensé que me convenía interrogar al gerente del hotel. Se llamaba Burns y le dije que yo representaba a un amigo de Ryman, y que la policía no estaba a buenas conmigo.

Se ve que le habían «atornillado» Meyer y Barker, porque el ciudadano Burns echaba las muelas:

—…Me amenazaron también esta pareja de matones, diciendo que este hotel era una pocilga. No tienen pruebas de que hubiera ninguna mujer con Ryman, pero siguen dándome el tostón. Pero en los periódicos no dicen nada de Gene Weston, ¿verdad que no? ¿Tal vez estos bravos toros le tienen miedo a Weston, no?

—¿Gene Weston? ¿Quién es?

—Un *gangster* que trabajó por otro importante y después se

independizó: Musculoso y duro. Estuvo aquí el día anterior a la muerte de Ryman, amenazándole. Lo oí, y lo conté a la policía. Pero ellos en vez de publicar esto prefirieron aludir a una misteriosa mujer. Y aunque supiera yo que viniera alguna mujer a visitar a Ryman, ¿qué puedo hacer? Muchos matrimonios en viaje no llevan consigo su certificado de boda, ¿no?

—Eso es y usted no puede leer la verdad en los rostros.

El miró por la ventana y dijo de pronto, asustado:

—Ahí viene él. Sale de su coche. Seguro que la policía ya le ha dicho que yo…

—¿Quién viene?

—Weston, Gene Weston — me susurró.

Me giré, pero ya tarde. Sólo pude ver el hombro, de una chaqueta de franela azul. Un ancho hombro. La puerta restalló y sólo pude ver los dos hombros.

Eran inmensos. Encima había la cara de alguien que había recibido bastantes puñetazos, pero la mirada demostraba que todo era devuelto con creces.

Encima de la cara había rizos pelirrojos. Lo que me llamó la atención fueron las piernas: dos alambres. Como las de algunos campeones del peso pesado: todo brazos y hombros.

Los ojos azules pasaron de Burns a mi persona. Weston me señaló con el mentón:

—¿Quién en su amigo?

Burns no contestó. Sugirió Weston:

—Dígale que se largue. Quiero hablar con usted.

Burns parecía petrificado por el pánico. Me miraba nerviosamente, relamiéndose. Yo le pregunté:

—¿Este es Gene Weston?

Asintió Burns, y Weston me dedicó su máxima atención.

—¿Quién es usted? ¿Qué le importa quién sea yo?

Le «plaqué» un poco:

—Tómelo con calma, Gene. Me hice una reputación parando bravos como usted.

—¿Del *ring*, compadre?

—No. Soy un pistolero de miedo. Kid Fenton, con un despacho organizado.

El rostro del ex púgil demostró identificarme:

—Ah, ya, este privado que fué defensa de rugby. Ya… Un defensa bestia, ¿no? Lárguese, defensa. Hoy no estoy de buen humor.

Vi que me estaba midiendo, y le invité:

—Sáqueme fuera, Gene. Si puede… naturalmente.

Gene sonrió como un oso contento:

—Seguro que puedo, seguro — y dió un paso técnico.

Exclamó Burns asustado:

—¡Caballeros, por favor!…

Gene dio otro paso. Y yo esperé alerta. Estaba cerca, pero no lo bastante para conectarme un puño, pensé.

Un pensamiento equivocado, porque le tomé mal la medida de sus largos mazos.

Su abierta diestra salió disparada y me cogió de lleno la oreja izquierda. Me tambaleé a un lado, y él embistió.

No soy pugilista, pero tenía práctica de césped, en lo que hay que hacer cuando un delantero embiste cabeza gacha. Entrelacé mis dedos y bajé ambas manos sobre su nuca.

Y al mismo tiempo que le bajaba la cabeza a Gene, levanté mi rodilla colocándola en el centro de su rostro.

Un toque que hubiera bastado para detener a cualquiera, pero Gene sólo gruñó, avanzando los brazos para rodearme las piernas. Repetí el golpe con ambas manos, pero el muy animal siguió avanzando bloqueándome contra la pared.

En términos deportivos, Gene Weston me tenía arrinconado en la esquina. Sólo que la esquina no era de cuerdas flexibles, sino puro cemento.

Y entonces me salvó el gongo. Quiero decir que Burns cogiendo una silla, la levantó y la bajó sobre el cráneo de Gene.

Las patas me rozaron, pero pude esquivarlas porque las veía venir. Gene no.

Me aparté, oyendo el satisfactorio estampido de la silla sobre el cráneo de Gene.

Gruñó, desplomándose. Y entonces se abrió la puerta y alguien dijo con mucho genio:

—¡Quietos todos!

Gene se quedó quieto en el suelo, porque no tenía más remedio. Burns y yo nos volvimos, para contemplar al sargento Brink Meyer.

Este tenía en su diestra un siniestro pistolón.

CAPÍTULO V

—Puede guardar su cañón, sargento — le dije —. Está inconsciente el peligroso.

—¿Qué diablos pasa aquí? ¿Qué pelea es ésta?

—El del suelo es Gene Weston — aclaré —. Lo estaba buscando, ¿no?

—El que pregunta soy yo.

Más allá del umbral vi a Barker. También empalmado a su pistolón. Dije:

—Gene vino aquí en plan machote mientras hablaba yo con el señor Burns. Me dijo que me largase, pero yo no había acabado de charlar y no tenía por qué irme. Gene intentó echarme.

La sonrisita de Meyer era poco cordial:

—¿Y usted se resistió, ¿no?

—Hombre, yo creo que no es ilegal.

En el suelo, gimió Weston. Dije:

—Escuche, sargento, un negociante del barrio es amenazado por un rufián. Y me salva de una paliza. Se trata de no confundir las personalidades. El rufián es el que está en el suelo.

Me senté en una esquina de la silla que había noqueado a Weston.

Burns explicó:

—Golpeé a Weston con la silla y…

Miró al suelo y viendo la sangre en la coronilla de Weston, se puso amarillo, dirigiéndose hacia la puerta, pero el gordo Barker bloqueaba la salida. Yo le advertí:

—Deje el paso libre, Stan. De no hacerlo este hombre le vomitará encima.

Burns se puso la mano ante la boca, emitiendo gorgoritos. Barker pegó un salto a un lado, y salió Burns embalado. Le oímos echando fuera sus jugos gástricos. Yo dije:

—Mejor sería enviar por una ambulancia. A lo mejor Gene tiene una conmoción cerebral.

Weston debió de oírme y quiso demostrar su poder de encajador. Gruñó colocando una mano bajo su tórax para levantarse. Estaba apoyado en manos y rodillas, cuando enfundando su pistolón Meyer vino a ayudarle.

—¿Necesita un médico, Weston? — preguntó el sargento.

El pelirrojo sacudió la cabeza en negativa, y también para acabar de despejarse. Con la ayuda de Meyer consiguió quedar en pie, y volverse. Entonces pude contemplar los efectos de mi rodillazo.

Su nariz se hinchaba sangrando, y un ojo lo tenía azul y medio cerrado.

—Nos volveremos a ver — me dijo Gene —. No lo olvides, Fenton.

—De acuerdo, Gene, pero la próxima vez tendré un seis tiros.

Asintió. O sea que daba a entender que también él me miraría desde detrás de un petardo. Claro que no lo iba a decir en voz alta ante dos pares de orejas de la ley.

Conminó Meyer:

—Las manos a la espalda, Gene — y a la vez tintineo las esposas.

Weston protestó:

—¿Acusado de qué? O sea, que un par de tipos me caen encima con una silla, y soy yo el que queda adornado con manillas. ¿Y ellos dos, qué?

—Vienen con nosotros — dijo Meyer —. A los tres les enseñaremos a tener un poco de respeto por las leyes, allá en nuestro precinto.

Gene y Burns iban atrás en el coche con el sargento: yo delante junto a Barker que conducía. En el precinto, Gene fué a una celda, yo y Burns pasamos al despacho del teniente Owen.

Barker se quedó con Gene, y Meyer con nosotros dos; contó la historia. Yo después conté la mía. Owen miró a Meyer:

—¿Tenía Weston revólver?

—No.

—¿Qué hacía usted en el hotel? — me preguntó Owen.

—Hablando con el señor Burns.

—¿De qué?

—De asuntos de su negocio. No tenga miedo de hablar, señor Burns — le recomendé —. No olvide que ellos están a nuestro servicio, ya que como ciudadanos pagamos sus salarios.

Meyer intervino secamente:

—Tal vez Fenton necesite un local para él solo donde meditar, teniente.

No hice caso de la amenaza, y pregunté:

—¿Sacó algo en limpio de la pista que le di esta mañana sobre Bárbara Lehar, sargento?

Ni el teniente ni el sargento se dignaron contestar. Me calenté:

—Hombre, esto no está bien. O sea, que yo coopero a fondo, y obtengo por recompensa un trato indecoroso.

Agitó Owen la mano:

—Cálmese, Fenton. Tiene usted tendencia a ponerse insolente.

—Si lo soy, pido excusas. Pero no olviden que mi viejo fué polizonte y lo mató un rufián. Por lo tanto, les consta de qué lado lucho yo. O sea, que nada de tratarme como a un *gangster*.

—Sé lo que pasó con el viejo Fenton, y recomiendo que todos nosotros nos mordamos la lengua antes de soltar agriedades — y miró Owen al sargento.

Meyer gruñó algo que podía parecer excusas, y prosiguió Owen:

—No creo que necesitemos ninguna declaración firmada. En verdad, hasta considero que no nos interesa tener encerrado a Weston. Lo estábamos sólo vigilando. Por eso Meyer y Barker le siguieron hasta el hotel.

Se levantó Burns preguntando:

—¿Quién me devuelve a mi hotel?

—Yo mismo — dijo el sargento.

Fué un viaje tranquilo Nadie dijo ni media palabra. Meyer y Barker nos dejaron ante el hotel yéndose sin decir ni adiós.

—Polizontes — masculló Burns sacudiendo la cabeza.

—Tienen poca paga y mucho trabajo — le expliqué —. Tratan con ladrones, asesinos, matones, y durante sus horas de trabajo sólo tropiezan con arrogancias, desprecio y rencor. No puede esperar que tengan modales de diplomáticos.

Burns no hizo comentario sobre mi opinión. Dijo:

—Gene Weston volverá. Creo que me conviene limpiar mi viejo revólver.

—Creo que sí, pero vaya con cuidado. Y gracias por el silletazo.

Me fuí a comer donde siempre Y el cajero me dijo:

—Con su nuevo central no irán lejos los «Boulders». Y más cuando tenga que vérselas con el escurridizo delantero del «Rocky».

—Así será. Dígale al cocinero que no quiero grasa en las costillas.

—Ya mismo, Wolf. Nada es bastante bueno para Wolf, «El Pétreo».

Allí estaba un técnico.

En mi despacho había una revista, tres propagandas y una carta con un bulto dentro. El sobre decía: «Tonio Jordan, por medio de Wolf Fenton». El bulto parecía un anillo. El matasellos era de las seis de la mañana en Santa Mónica.

Le telefoneé a Tonio, pero no estaba. Puse la carta en mi cajón.

Fuí al funeral de Blade Ryman. La capilla de Campos Elíseos era impresionante. Había sitio para varios cientos, y sólo éramos tres:

Red Penrock, el socio, en primera fila. Dos bancos atrás, una cabeza femenina de cabello cobrizo sobre hombros de chaqueta azul.

No me miraron, y me senté más atrás. El pastor habló poco y bien. El camposanto estaba lindando con un campo de golf, y la fosa abierta para Blade Ryman distaba apenas veinte metros del seto tras el que estaban jugando al golf.

Cuando el pastor echaba el puñado de tierra sobre el ataúd abajo, en el campo de golf, alguien gritó:

—¡Fuera!

Tuve tiempo de acacharme, y la pelota pasando por encima de mi cabeza fué a caer dentro de la fosa, rebotando sobre la caja.

Me erguí, disgustado. Impasible, el pastor habló del «polvo, serás polvo» tan impasible como Penrock y los dos paleros. La rubia estaba pálida y se mordía el labio inferior.

Era una muchacha atractiva, menuda, bien formada, con anchos ojos pardos, acariciantes. Dijo el pastor lo último, y dimos media vuelta. Cerca del seto, uno de los jugadores de golf agitó su mano hacia mí.

—¿No vió una pelota?

—Cayó donde el ataúd, amigo. Podrían dejar de jugar cuando entierran a alguien, ¿no? Puro buen gusto, ¿se entera?

En el aparcamiento alcancé a la rubia cobriza cuando se estaba deslizando bajo el volante de un «Mercury» color mostaza. Dije:

—Me llamo Fenton, señora, y me han contratado para investigar este… esto que ocurrió.

—Nada sé. Le conocí por mediación de Doris Nilson. Supongo que ella le contrató — y como yo asentí ella prosiguió —: Ella sabrá tanto como yo. Buenas tardes, señor Fenton.

El «Mercury» se fué, y a mi lado dijo Red Penrock:

—Bonita, ¿verdad? Tiene unos ojos que derriten.

—O pueden quemar. Como funeral fué poca cosa, Red.

—Es qué la Prensa nada dijo. Bien, vuelvo a mi tarea.

En mi despacho anoté el número del «Mercury» para preguntarle a Doris quién era la de los ojazos pardos. En la centralilla me dijeron que Tonio había llamado. Le llamé para decirle que tenía una carta y me contestó que venía a por ella.

Después hubo un telefonazo. Era Doris Nilson:

—¿Nada usted, señor Fenton?

—Profesionalmente no, pero me sostengo a flote. ¿Por qué?

—Tengo invitados, y la noche estará deliciosa para emplear la piscina. Me gustaría que viniese.

—¿Por algo particular?

—Bien… Para la fachada, porque no quisiera que nadie creyera que llevo ningún luto, ¿comprende?

—No, porque soy poco sutil. Fuí al funeral.

—Ah…

—Sólo yo, el socio de Blade y una muchacha con un «Mercury», fuimos los únicos asistentes.

Silencio.

Pregunté:

—¿Sigue usted al aparato?

—Sí.

—¿Conoce a la del «Mercury»? Ella sí que la conoce. Bonita, cabello cobrizo…

—¿Y un incisivo algo mellado?

—No lo vi, porque no sonreía.

—Creo que la conozco. Es una sentimental incurable. ¿Viene esta noche? Después de cenar. Hacia las nueve.

—Iré. ¿Quiere decirme cómo se llama la sentimental?

—Hasta ahora.

Y colgó.

Termine con mis reportajes y en la ventana contemplaba el tráfico cuando entró Tonio Jordan.

Llevaba un traje color gamo, llegándole la chaqueta casi a las rodillas. Lucía una camisa tabaco, una corbata mariposa blanca, y zapatos tabaco y blanco con una suela de crepé de muchos centímetros.

Le di la carta, rasgó el sobre con ansiedad, y sólo sacó Un anillo, sin carta alguna. Miró el anillo tristemente:

—¿Es el que le dio a ella, Tonio?

—El mismo. Pero ni palabra.

—Déjeme el sobre. Tal vez la policía por medio de este sobre pueda sacar algo en limpio.

—Al cuerno con la policía. No les quiero en mi asunto.

—Ya están en su asunto hasta la barbilla, Tonio. La buscan, y como ella no se presenta, pone las cosas peor. Sigue siendo ella el sospechoso número uno de la muerte de Ryman, ¿se da cuenta?

—Usted la encontrará. Y me obtendrá un buen abogado para ella. Al cuerno con la policía — sacó su billetero —. ¿Más dinero?

—No. Sigo adelante, Tonio.

—Esta Bárbara Lehar, continúe martilleándola. Ella sabe algo.

Se fué dejándome el sobre, que coloqué en otro mayor destinado al teniente Owen. Incluí una nota explicándolo todo.

Fuí a mi piso, donde esperaba una carta de mi tía que quería saber por qué no iba a visitarla, ya que no jugaba al rugby. Decía que fuese, que lo pasaría muy bien, que había muchos elementos femeninos interesados en conocerme.

Para mi tía, un hombre soltero es un atentado a la Naturaleza. Me duché, y me cociné la cena: corderito asado, patatas y coliflor en abundancia, cerveza y un cafetito.

Me puse el traje de gala, camisa blanca y una corbata que me había enviado mi tía por Navidades. Me gusté.

Había ya varios coches aparcando ante el hogar Nilson. Un «Jaguar», dos «Cadillacs». Mi «Ford» parecía venir del Hospital de Pobres Solemnes.

Salí de mi «Ford», cuando llegó el «Mercury» color mostaza. Y bajó ella, con vestido negro y capita blanca. Me miró con curiosidad a la escasa luz.

—Buenas noches, señor Fenton.

—Buenas noches, señora… No recuerdo su nombre.

—No importa. De todos modos no necesito sus servicios.

—La noto áspera conmigo. ¿Acaso es usted fanática de los «Rocky»?

—Lamento parecerle áspera. Al fin y al cabo usted es una mariposa más atraído por la llama.

—Estoy algo pesado para volar. ¿Quién es la llama?

—Doris Nilson, naturalmente. ¿Quién iba a ser, si no?

—Usted está aquí y no es ninguna polilla.

—Yo voy donde puedo encontrar gente rica. Soy decoradora, señor Fenton.

—Ya. ¿Y qué nombre emplea para el comercio?

Sonrió:

—Es usted persistente. Me llamo Hazel Rhode.

—¿Mi brazo, señorita Rhode?

Apoyó su mano en mi brazo, y en el vestíbulo nos saludó Doris, ceño fruncido:

—¿Han venido los dos juntos?

—Más o menos — dije.

—Desde el aparcamiento — aclaró Hazel.

—Ya conoces a todo el mundo, Hazel — sonrió Doris.

Hazel Rhode se fué y suspiró Doris:

—La aprecio, pero parece estar resentida conmigo, no sé por qué.

Me fué presentando gente. Había un ceramista, un cantor, un cómico, un escultor, un luchador y uno de la Radio. Estaban sobrios. Yo me acerqué al bar para pedir cerveza.

Podía ver por la ventana la piscina. Grande y preciosa. Me acerqué a los bordes. Hazel Rhode en una tumbona, y a su lado, en una silla tubular, Finn Nilson, el joven «rugbyman» delantero, que me saludó:

—Hola, campeón. Ya me he decidido. Jugaré por los «Trece Estrellas».

—Buena idea, para forjarse una reputación muchacho.

Se levantó diciendo:

—Voy a por mi invitada.

Yo ocupé la silla que dejó, y bebí un trago de cerveza, mientras Hazel se soplaba algo que parecía un combinado sangriento. Le dije:

—¿Se divierte?

—Es aún pronto. Por ahora sólo están las atracciones. La audiencia llega más tarde. La audiencia son las verdaderas amistades de Doris.

—¿No le es simpática Doris?

—No, porque se siente Mecenas alimentando esperanzas de gente talentuda y luego las mata.

—¿Blade Ryman era talentudo?

—Sí.

—Y guapo, además. ¿Le conoció bien?

—Me temo que no tenemos nada que decirnos, señor Fenton. Busque otra invitada a quien aburrir.

—Lo intentaré — y levantándome añadí —: Si la he molestado perdón.

Me largué para hablar con el de la Radio. Era un fanático de los

«Rocky», mis rivales. Después tropecé con Finn Nilson con su invitada: una criatura de apenas dieciocho años, pero bien servida de prendas.

—Venga conmigo, Wolf — me invitó el muchacho —. Aquí se aburre. Formaremos dos equipos de waterpolo.

Finn capitaneó un equipo y yo el otro. El luchador se unió al mío. Era un elefante. Lo bueno de aquella partida es que la mitad de cada equipo era femenina.

Y al luchador le tenía muy sin cuidado la pelota. Él iba al bulto, y se sumergía con picardía el bribón. En las orillas, algunos varones empezaron a protestar, y alguna jugadora a abandonar el agua.

Le dije a Finn:

—Mejor que suspendamos la partida o nos la cargamos.

Suspendimos la partida, me dieron un albornoz, y tomando cerveza asistí a los saltos de los exhibicionistas. Había luna llena y noche tibia.

Doris Nilson estaba fenomenal tanto nadando como fuera del agua. Después, apareció Hazel Rhode en «bikini», y se me pusieron los ojos saltones. Llevaba en la mano otro combinado sangriento y, sentándose a mi lado, dijo:

—Le presento mis excusas si estuve descortés.

—No vale la pena recordarlo, Hazel. ¿Tiene usted un diente mellado?

Abrió los labios en risueña sonrisa. Un dientecito astillado.

Dije:

—Lo celebro. Esto la salva de ser del todo perfecta. ¿Amigos?

—Bueno. ¿Cómo se enteró de lo de mi diente?

—Me lo dijo Doris. Y que era usted una sentimental incurable.

—No es verdad.

—¿Hablamos de nuevo sobre Blade Ryman?

—¿Para qué? ¿De qué sirve ahora hablar de él?

—Estoy contratado para encontrar quién le mató.

—Nada puedo yo decirle que le ayude. ¿Quién es esta Carmela?

—Una cantante.

Al borde de la piscina se asomó Doris, y Hazel, levantándose, dijo:

—Voy a remojarme un poco.

Salló al agua perfectamente. Doris se sentó a mi lado:

—Para ser pequeñita, Hazel tiene una linda figura, ¿no? Supongo que intentaría darle informes de Blade.

—Nada pude sacarle.

Al otro extremo de la piscina, el luchador se acercó al borde junto a Hazel. Dijo Doris:

—Hazel adoraba a Blade. Me empezó a odiar cuando Blade vino conmigo.

Hazel aceptaba la mano que le tendía el luchador, pero éste la soltó de pronto y Hazel se hundió. Yo levantándome acudí. El luchador se disponía a sumergirse para bajo el agua cazar a Hazel, y yo le grité jovialmente:

—¡Allá va!

Le arrimé por la espalda mis ochenta y ocho kilos, y el hombre se hundió como una losa. Me eché al agua y nadando fuí a sentarme junto a Doris.

Aproximóse el luchador, con agua hasta las caderas. Me dijo:

—Oiga, compadre, la broma estuvo algo pesada. Pudo romperme el lomo.

—Lo tuve en cuenta — le sonreí.

—¿Quiere pelear?

—¿Sin bolsa ni tanque? Ni hablar, «Músculos».

—No le enojes, Curly — apaciguó Doris —. Wolf no lo hizo con mala intención. Fué sólo porque aquella muchacha es amiga suya.

—Entonces ya es distinto — admitió Curly —. Haberlo dicho, hombre.

Se fué chapoteando en busca de otra sirena. Sonrió Doris:

—Usted es fuerte, pero no tanto como para pelear con un luchador profesional.

—Los luchadores no son profesionales, sino comediantes.

A mi espalda dijo Hazel:

—Gracias por haberme salvado, Lord Launcelot.

—Sobro — dijo Doris, yéndose.

Al borde de la piscina apareció la jovencita invitada por Finn. Todos la devoramos con las pupilas, y apenas se tiró al agua el luchador Curly empezó nadar hacia ella.

Fuí a buscar uno de los emparedados que estaba comiendo Hazel; y después, vestidos ya, bailé con Hazel, también con Doris y con la chica de Finn, que se llamaba Priscila. Hasta bailé con la cantante de ópera… que debía pesar media tonelada. Pero ya tenía yo tanta cerveza dentro que hubiera bailado hasta con Curly Horrabin el luchador.

Cuando llegó la hora de irse, Hazel me dijo que nos podríamos volver a ver. Dije que sí. Luego reapareció diciendo que su coche estaba averiado y si podía llevarla en el mío. Dije que claro.

Cuando vió mi tapizado en jirones, preguntó:

—¿Qué pasó, Wolf?

Se lo conté conduciendo. Y ella comentó:

—Cada día la Prensa lleva más sucesos debidos a gamberros. Una plaga.

Puse la radiola, y llegó una música de esas para acompañar el claro de luna. Ella susurró:

—La sociedad es algo ridículo. Yo odio a Doris, Doris me odia, y, sin embargo, acudo a sus fiestas.

No dije nada. Ella me fué orientando, y por una lateral llegamos a una casita. Y cuando yo creía que ella me iba a decir «adiós muy buenas» me susurró:

—Tengo cerveza en mi casa. ¿Le place?

Bajé embalado y entré en casa de Hazel Rhode.

CAPÍTULO VI

Cuando por la mañana llegué a mi piso a mudarme, el teléfono repicaba. Era Doris Nilson, diciendo:

—Cuesta localizarle. Desde las nueve he telefoneado varias veces a su despacho y a su piso.

—Es que duermo muy pesadamente. No oí el teléfono.

—No tiene por qué mentirme.

—A la orden, señora. ¿Por qué me telefonea, señora?

—Sólo para decirle que olvide mi oferta de contratarle en exclusiva. No necesito sus servicios.

Y colgó. Resignado acabé de vestirme. Fuí a mi despacho, y llamé a la comisaría de Venice, preguntando por los dos gamberros. Los habían atrapado, y vuelto a soltar, puesto que negaron haber rajado mi tapicería. Y como yo no tenía el nombre del testigo, no cabía sino soltar a los muchachos.

Telefoneé al teniente Owen, que me informó que también habían soltado a Gene Weston. Así, libre y moviéndose, lo podían acechar.

Estaba yo estudiando una póliza de seguros, cuando entró Finn Nilson:

—Hola, campeón. ¿Qué pasó entre usted y mi hermana?

—Nada. ¿Por qué, muchacho?

—Está furiosa con usted. Y no soy ningún niño. ¿Será a causa de que usted se llevó en su coche a Hazel?

—Un momento, muchacho. Su hermana era mi cliente, no mi nodriza. No veo por qué tiene que preocuparse por mi vida social. Esta mañana me telefoneó para decirme que ya no necesitaba mis servicios.

—Entonces será porque ella bebe los vientos por usted, campeón.

—Vamos, vamos… Ella puede escoger entre docenas de ciudadanos mejores que yo.

—Es usted modesto, Fenton.

—Hablemos de rugby. ¿Qué condiciones le han ofrecido los «Estrellas»?

—No vine a hablar de rugby, Fenton. Yo haré que mi hermana vuelva a contratarle — y levantándose me preguntó Finn —: ¿Qué le pasa en el labio, campeón?

Debí sonrojarme. El diente melladito dejaba marcas.

Riendo, dijo Finn:

—Hasta pronto, Fenton.

Aquel muchacho era un fanático admirador que iba equivocado. Yo no podía interesar a Doris.

Fuí a visitar al gerente del hotel. Burns simpatizaba conmigo. Me dijo que haciendo la limpieza una criada había encontrado en la habitación de Blade Ryman una lámpara extraña. Me la enseñó.

Era, como las de *flash* para fotógrafos, pero tenía pintura. Burns Sugirió que era para sacar fotografías en la obscuridad. Después dijo que Ryman retenía fijo una habitación hacía tiempo.

Recibía visitas femeninas, y entre ellas la de una mujer pequeña, bien formada. No conocía su identidad. Después me habló de que era muy posible que Gene Weston estuviera organizando un *gang* de gamberros, porque se rumoreaba que le admiraban mucho los muchachos cerriles.

Después de comer, en mi despacho tuve la sorpresa de encontrarme con un cambio de frente de Doris Nilson. Al teléfono me decía:

—¿Qué tal, Wolf? Mi hermano me ha dicho que soy una majadera.

—Él es parcial con los atletas.

—Hazel vino a por su coche. Sola, sin mecánico, y el coche funcionó.

Yo callado como un muerto. Ella añadió:

—¿Amigos, Wolf?

—Si lo quiere, bueno.

—Infórmese de cuáles son los honorarios para escolta, Wolf, y extienda un contrato para que se firme.

—Gracias. Celebro que seamos amigos, Doris.

—Llámeme mañana, ¿quiere, Wolf? Hasta mañana.

Colgué, fuí al espejo a mirarme, y no vi nada que justificase que Doris pudiera «beber los vientos» por mí.

A las cinco decidí visitar la tienda de Hazel. Era un tenderete aprisionado entre dos establecimientos de modas. Dentro hacía frío y estaba obscuro.

Al fondo, Hazel sentada frente a una mesa despacho, bajo un foco de luz. En mesitas, muestrarios de papeles de pared, croquis de decorados y diseños.

—Hola, Wolf — me saludó algo cansinamente.

Me senté a su lado colocando sobre su mesa la lámpara que Burns

no había tenido inconveniente en darme, ya que era una propiedad de Blade Ryman que Burns no había mencionado a la policía.

—¿Sabes lo que es esto, Hazel?

—Parece un complemento de fotografía.

—Es un *flash* infrarrojo, para fotografiar en la obscuridad.

—Ya, ¿y por qué me la enseñas?

—Blade Ryman poseía juegos. El gerente cree que Ryman las empleaba con ideas de chantaje.

—Esto es ridículo.

—¿Fuiste muchas veces a visitar a Blade al hotel?

Respigó, y sus anchos ojos me taladraron:

—¿Quién te dijo esto? ¿No será la policía?

—No. Fué el gerente que habló de una muchacha menuda, bien formada, que no venía en un «Mercury» sino en un «Hudson». ¿Quieres decirme algo, Hazel?

—Yo no sé quién mató a Ryman. No sé nada de fotografías ni chantajes. Admito que estaba enamorada de Ryman. Si crees que estoy complicada, acude a la policía. Pero por favor, vete de aquí.

—No hemos de pelear, Hazel.

—Ni tampoco seguir adelante, Wolf. Me doy cuenta de que tu interés por mi persona es del orden policial. Vete. Por favor, te lo suplico.

No me quedaba más remedio que irme. Pasé a mi alcoba, y allí, echado, empecé a pensar. Me dormí, despertando tres horas después. Me soplé tres vasos de leche fría.

Fuera la noche estaba calurosa. Fuí al local donde trabajaba Bárbara. No estaba ella, ni los gamberrillos. Tomando cerveza, conversé de rugby con el del bar, que después me dijo:

—Parece que está usted lampando por Bárbara. Bueno es que sepa que últimamente bebe mucho.

—¿Sólo últimamente?

—Hace un par de días. Nerviosa hasta que ya ha bebido lo bastante.

—A lo mejor está asustada de algo o de alguien.

—Tal vez.

Un guitarrista y un acordeonista fueron a sentarse junto al piano. Después, de la calle apareció Bárbara Lehar. Parecía nerviosa. Miró en torno, y al verme estuvo indecisa. Luego acercóse a susurrarme:

—No se vaya. Quiero hablarle, cuando haya actuado.

—De acuerdo — le sonreí.

Se fué a su camerino. El pianista empezó los compases de «Luna de Georgia», y Bárbara vino a cantar. Lo hacía pasable. La aplaudieron bastante cuando entonó: «La colegiala inocente».

Y toda la concurrencia aplaudió a rabiar cuando ella cantó algo

que a mí me puso colorado. A mi lado, el del bar susurró:

—Ni arte ni nada.

—Ya, pero a los demás les gusta — dije yo.

Cuando hubo acabado, Bárbara me hizo una seña. La seguí hasta su camerino, donde me señaló una silla de cocina. Ella se sentó de espaldas a su coqueta.

—Tenía que hablar con usted, Fenton. No fué Carmela la que le telefoneó a usted aquel día, sino yo.

—¿Imitando la voz de Carmela?

—No hacía falta, puesto que usted no conocía la voz de Carmela.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque sabíamos que en la centralilla registraban las llamadas, y así parecería que Carmela le llamaba a usted desde el hotel.

—¿Y por qué quería usted que esto constase?

—Porque me hicieron pensar que así Tonio Jordán dejaría en paz a Carmela. Como yo sabía que Carmela quería librarse de Tonio, y Gene me dijo que así lo lograría, por esto lo hice.

—¿Gene Weston?

—Sí.

—Escuche, muchacha. Blade Ryman estaba en aquel cuarto, muerto, cuando usted telefoneó.

—Esto lo deduje al leer los periódicos, pero le juro que no estaba en el cuarto cuando yo le telefoneé.

—Pero con su llamada usted sólo consiguió hacer recaer en Carmela las sospechas del asesinato.

—¡Lo sé, lo sé…, pero sólo ahora! — gritó ella.

—¿La llevó allá Gene?

—Sí.

—¿La vió el gerente?

—No, porque la habitación de Ryman está atrás y aparcando en la calle lateral se puede ir rectamente a la habitación de Ryman sin que nadie le vea a una.

—Entonces, ¿Gene Weston mató a Ryman?

Encogió ella los carnosos hombros.

—No lo sé. Pero no me parece de la clase de los que usan cuchillo.

—Algo tenía contra Ryman, puesto que el gerente los oyó discutir.

—Supongo que Gene quería impedir que Ryman siguiera con cierto negocio. Supongo que Carmela trabajaba con Ryman en este negocio, fuese el que fuese.

—¿Y los dos gamberros que estaban aquí la otra tarde, trabajan también con Weston?

—Le conocen… ¡Oiga! — y, alarmada, bajó la voz —: ¿Cree usted

que aquellos dos…? Necesito beber algo. ¿Quiere conseguirme un trago?

Fuí a por *whisky*. Ella se había descalzado.

—¿Dónde está Carmela? — pregunté.

—Ojalá lo supiera.

—Gene debió de matar a Ryman, intentando complicar a Carmela. Pero, ¿por qué quiso complicarla a ella?

—¿Quién sabe?

—Tiene que ir a la policía y contarlo todo, Bárbara.

—Pero antes tengo que conseguir el apoyo de alguien.

—La policía la protegerá.

—No, gracias. Quiero otra protección contra Gene. Y si usted les comunica a la policía lo que acabo de decirle, le llamaré embustero, Fenton. Si se lo he referido es para que trate de ayudar a Carmela. Le he contado cuanto sé. Consígame ahora otro trago. El del bar me echa agua si lo pido yo misma. ¿Quiere, grandullón?

Fué ella a abrir una ventana, porque en aquel camerino la atmósfera estaba recargada. Yo fuí a por el *whisky*. Me hallaba a mitad del pasillo, cuando oí el estampido a mis espaldas.

Corrí hacia el camerino. La ventana aparecía abierta. Bárbara estaba sobre la espalda, boca arriba. Su rostro casi borrado por el disparo a quemarropa.

El camerino ya no olía a talco. Sólo a pólvora.

Miré por la ventana. Vi un hombre corriendo por la calleja lateral. Pelirrojo, con piernas de alambre y espaldas de grúa. Llevaba una escopeta de caza en la diestra.

Y yo como un borrico, salté por la ventana, corriendo a todo gas tras el asesino.

CAPÍTULO VII

Me maldije por no llevar conmigo un buen pistolón, pero ya era tarde para lamentarlo, mientras galopaba por el callejón hacia la calle principal.

En la esquina busqué protección para el caso de que Gene Weston me estuviera esperando con su escopeta. Oí el escape de un motor, el chirrido de gomas y llegué a la calle sólo para ver un «Ford» tomar la otra esquina sobre dos ruedas.

Regresé al bar por la puerta delantera y una mujer, señalándome, gritó:

—¡Este es él, este es él!

El del bar vociferó:

—¡Cállense! Ya he telefoneado a la policía y este es un policía.

Fuí a telefonear al Precinto, pero no estaban el teniente Owen, ni el sargento Meyer ni Barker. Pero estaba el capitán Longford, al cual le conté lo sucedido.

Terminaba de contárselo, cuando entraban los de la patrulla. Y cuando llegaron Owen y Meyer, la ambulancia se había ido. Todo seguía invadido por periodistas y fotógrafos.

Owen y Meyer me llevaron al camerino de la difunta Bárbara.

—¿Puede ir a jurar ante un tribunal que fué Weston? — me preguntó Owen.

—No le vi la cara, pero sí su melena roja y su anatomía especial. Hay pocos con su tipo. Del coche no pude leer la matrícula, pero era un «Ford» negro cupé, abollado, con dos luces pilotos gemelas.

—Este es el cacharro que se traen los dos gamberros a los que no pudo demostrárseles que acuchillaron el tapizado — comentó Meyer.

—Y docenas de otros ciudadanos llevan coches por el estilo — dije yo, añadiendo —: Creía que ustedes le tenían puesta vigilancia a Weston.

—Sabernos que es Weston, pero no podemos llevarle ante un juez, sin pruebas mejores.

Les conté lo que me había explicado Bárbara en sus últimos momentos.

Harry Owen pareció menos cansado. Se animó:

—Esto ya vale más, Wolf. Y si hace memoria, llevamos a Weston ante el jurado. Porque le vió la cara, ¿verdad, Wolf? — me dijo, insinuante.

—No. No le vi la cara.

Meyer atacó, desdeñoso:

—Todos sabemos que es Weston. Pero Fenton prefiere dejar que Weston corra libremente. Para Fenton la justicia es poca cosa.

Le asesté una mirada de «napalm» a Meyer:

—Usted no me enseñará nada referente a justicia, mi sargento. Y además, cuando usted interrogue a Gene, éste confesará seguramente que fué él quien mató a Lincoln.

—¡A callarse los dos! — atajó Owen, irritado —. ¿Cómo es que Bárbara le contó a usted cosas que no dijo a la policía?

—Por alguna razón, ella carecía de fe en la policía. Le aconsejé que fuese a contárselo todo a usted, teniente, pero dijo que prefería primero ponerse en contacto con amistades influyentes. Yo después, si ella no hubiese sido asesinada, hubiera venido a contárselo igual a usted.

—Seguro que sí, no faltaría más — ironizó Meyer, con la gracia de un pato.

—Por favor, teniente — rogué—. Sáqueme de delante a este cretino.

—Vigile la lengua, Wolf — me recomendó Owen —. ¿Por qué Bárbara le eligió por confidente?

—Porque sabía que yo buscaba a Carmela y ella era amiga de Carmela.

—¿Lleva armas, Wolf?

—No.

—¿Y corrió tras el asesino armado?

—Era una escopeta y pensé que no iba a recargarla corriendo.

—Podía haber sido una escopeta de dos tiros, animal — me dijo Owen, cariñosamente —. Estos aficionados… Tuvo suerte. ¿A qué fué allí esta noche?

—Continuando con mi búsqueda de Carmela.

—Bien, mañana a las diez déjese caer por mi despacho para firmar la declaración. Y si tiene algún sentido común, Fenton, llevará un revólver hasta que topemos con Gene Weston. Y vaya con cuidado por las calles obscuras.

En el vestíbulo un par de periodistas me bloquearon el paso.

—Cuéntenos la historia, Fenton — me pidió uno de ellos.

—La tiene el teniente Owen. Me ordenó no hablar con la Prensa.

Me abrí paso con el hombro, y salí a la calle, donde habían grupos comentando a su modo. Sentado tras el volante de mi fotingo, me entró repeluso al ir a dar el contacto.

Bajé para con la linterna explorar el motor. No había bomba. Exploré también, atrás. La realidad es que no las tenía todas conmigo.

Gene Weston era un bestia y estaba respaldado por gamberros que habían pasado ya de la delincuencia juvenil para entrar en el terreno del gangsterismo organizado.

Jóvenes salvajes en la jungla de asfalto, malcriados por padres débiles en la pausa entre las guerras.

Eran cerca de las once de la noche y los ciudadanos decentes dormían, mientras aullaban los jóvenes lobos.

Pensando en lobos, me encontré todo hambriento. Traté de olvidar el rostro volado de Bárbara Lehar y después de dos salchichas coronando un Himalaya de fritas, empecé a serenarme.

Tomando café, hice resumen. La muerte de Ryman estaba conectada en un modo u otro con Gene Weston. Gene mataba a Bárbara y seguía sin aparecer Carmela Wanda.

Lo cierto es que Gene no debió de oír lo que me contaba Bárbara, o me hubiese pasaportado también para la eternidad. Ella había sido sólo un eslabón que Gene hizo saltar.

Posiblemente Gene ni me vió perseguirlo, pero cuando lo leyera en los periódicos me consideraría su enemigo público número uno,

antes que la misma policía oficial.

Entré en mi piso con la astucia de un comanche pisando el campamento enemigo. Pero mi cuarto estaba vacío, caluroso e inocente. Me dormí agotado físicamente.

Por la mañana, la Prensa daba retratos de Bárbara, de Gene y míos. La policía proclamaba que seguía buscando a Carmela y a Gene.

Acudí a la llamada de mi teléfono. Una voz masculina jovial y confianzuda, me preguntó si yo era Wolf Fenton y después continuó:

—Me llamo Lee Norris, abogado, con despacho en Hollywood y desearía verle, esta misma mañana.

—¿Para qué?

—¿Sucede que con frecuencia necesito un detective capacitado, señor Fenton. No lo necesito ahora precisamente, pero si no tiene demasiadas ocupaciones podría serle de provecho para su futuro visitarme, para que charlásemos un poco.

—¿Esta tarde, señor Norris? Porque tengo la mañana repleta.

—¿A las dos le va bien?

—Estupendo. Deme su dirección.

Temé nota. Y mientras firmaba la declaración de la noche anterior, en el despacho de Owen le pregunté por Norris:

—Es un criminalista conocido. No se ocupa de los grandes jefes, pero presenta mucha morralla. Supongo que quiere verle para sonsacarle lo que usted pueda saber sobre Gene Weston.

—¿Cuánto puedo explicarle?

—Lo mismo que nos dijo, ya que es la verdad, ¿no? Y puesto que no tenemos un testigo que pueda identificarlo, Gene seguirá en la ciudad. Comuníqueme lo que le cuente Norris.

En mi despacho, ante la puerta había un repórter esperando:

—Usted sabe más de lo que hemos publicado, Wolf.

—Pregunte al teniente Owen, quien decide lo que puede o no ser publicado, plumífero.

—Ya veo. Usted hace como Poncio Pilatos, ¿no?

—Yo soy un tipo que me gusta vivir, comer y morir de viejo. Para conseguir comer tranquilo, debo funcionar de acuerdo con la policía. ¿Está claro?

—Ya está claro. Apenas abrió usted su despacho, dejó de ser un ciudadano cooperando con la Prensa.

—Abur.

En mi despacho no había correo importante. Telefoneé a Tonio Jordan.

—¿Encontró a mi Carmela?

—No. Supongo que ha leído la Prensa. ¿Conoce a Gene Weston?

—No. ¿Es que él tiene a mi Carmela?

—Lo dudo. Pero debe de saber algo de ella. Y no fué Carmela la

que me telefoneó aquel día desde el hotel, sino Bárbara. Gene llevó allá a Bárbara para esta faena. Y ahora la mató. Yo esperaba que usted supiera algo de Gene.

—Nada. ¿Es rico este Gene?

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

—Entonces lo cazarán pronto y sabremos lo que pasó con Carmela. ¿Quiere más dinero?

—Tengo.

—Siga buscándome mi Carmela.

Telefoneé después a Doris, que baló:

—Anoche las pasó mal, Wolf.

—Un rato. Supongo que son los riesgos de mi nueva profesión. ¿Cuándo conoció a Hazel Rhode?

Hubo una pausa silenciosa:

—Veamos. Creo que me la presentó otro decorador llamado Dave Colbert. Aunque no creo que Hazel pudiera interesarse por Dave.

—¿Por qué no?

—Bien, porque Dave es… Bueno, que no le interesan las mujeres, y Hazel es… muy mujer. ¿Por qué se interesa tanto por Hazel?

—Porque tengo el pálpito de que sabe mucho más de lo que dice. Estaba muy relacionada con Blade Ryman.

—Lo supongo. ¿Ha reñido ya con ella?

—Por el momento, no quiere verme más.

Otra pausa, y, por fin, dijo ella:

—Para decirle la verdad, Wolf, ya no me interesa saber quién mató a Blade y estoy segura que Hazel no es una criminal.

—Profesionalmente, no. Bien, le llevaré el contrato, Doris.

—Le espero, Wolf.

Me fuí a por el menú especial. Vienesas con chucrut, filete con crema y pastelillos. Cafeteando telefoneé al abogado Norris para decirle si podía adelantar mi visita, ya que sólo era la una.

Dijo que bueno.

Diez minutos después, pasé a sus oficinas. La de recepción era amplia y práctica. Una joven con lentes y cabello a la antigua, severamente vestida, me trasladó al despacho del jefe.

Norris se sentaba tras una monumental mesa escritorio. Alfombras grises, paredes grises. Parecía un diputado conservador. Cabeza romana sobre cuerpo sólido. Cabello gris negro corto y ojos azules de los de Frigo.

Se levantó para sacudirme la diestra y la secretaria tétrica se largó cerrando suavemente la puerta. Dije:

—¿No asusta a los clientes su despacho?

Frunció las cejas:

—No le comprendo, señor Fenton.

—Huele a presidio, con tanto gris y carencia de adorno.

Su sonrisa era también Frigo.

—Nunca pensé en ello. Me gusta el gris. Pero supongo que su indirecta se refiere a mi principal clientela. Francamente, mi mayor interés radica en Gene Weston, pero puedo necesitar un detective de vez en cuando.

—No puedo ayudarle en lo que se refiere a Gene Weston. No sé dónde está.

—Pero usted sabe dónde estaba anoche.

—Creo que ambos lo sabemos.

—Yo, no. ¿Está usted seguro de que fué Gene el que mató a la cantante?

—No.

—Bien… — y se reclinó en su sillón —. Sin embargo, la Prensa está clamando pidiendo su cabellera y la policía se ha movilizado para capturarle. ¿No le inquieta, señor Fenton, esta caza de un hombre contra el que no hay pruebas?

—Lo que me inquieta es pensar en un hombre que pasa años estudiando leyes para tratar de acomodarlas a sus clientes.

La sonrisa de Norris era tolerante y protectora:

—No es usted abogado, señor Fenton. Los abogados tienen mucho respeto por las leyes. Usted tiene una idea de lo que es llamado justicia, un término abierto a demasiadas interpretaciones. Yo me contento con operar dentro de los márgenes legales.

—De todos modos, usted me convoca con el pretexto de contratarme, cuando en realidad lo único que le interesa es saber qué pruebas hay contra Gene Weston.

—Vuelve usted a dedicarse a la adivinación, señor Fenton. Juzga sin pruebas. Pruebas, hechos, pruebas… es con lo que la ley trabaja.

—Bien, pues allí van un par de hechos. Gene Weston trató de apalizarme en el hotel de Burns. Usted sabe, como a mí me consta, que está Gene metido hasta las rodillas en asesinato. Si usted respetase tanto las leyes, entregaría a Gene a la policía.

—Mi primer deber es hacia mi cliente, señor Fenton.

—Y el mío hacia la ley. O sea, que no coincidimos — y me levanté.

Me miró pensativo:

—¿Usted es nuevo en su profesión, no es cierto? Tiene mucho por aprender aún, señor Fenton. Yo le podría ser muy útil.

—Espero que nunca se me pongan las cosas tan desesperadas.

Suspiró y su sonrisa era casi misericordiosa:

—¿Está usted enojado porque no tiene pruebas contra Gene? ¿Está usted molesto porque su conciencia no le permite acusar a un hombre con el que personalmente no simpatiza?

—Puede que sí, puede que no. De todos modos, usted puede entregarlo a la policía, ya que no hay cargos contra él.

La sonrisa desapareció y la duda invadió sus frías pupilas:

—Me temo que usted sigue instrucciones para tender una trampa.

—Yo no puedo jurar sobre la Biblia que el hombre que viera correr por el callejón fuese Gene. ¿Esto es lo que quería saber?

—Pero hay más cosas que usted no me declara tan francamente. Usted habló con Bárbara Lehar antes de su muerte.

Esto no lo habían publicado los periódicos. Dije:

—Anoche, no, señor Norris.

Era una mentira, pero concerniendo mi sentido de la justicia, no la ley.

Y Norris había declarado su amor por la ley.

—¿Está mintiendo? — insinuó.

—El teniente Owen posee mi declaración. Léala. Y ahora se levanta la sesión. Buenas tardes, señor Norris.

Salí complacido. En la antesala, la secretaria cerraba el dictáfono. A su lado tenía una libreta de taqui. Le dije.

—¿Lo copió bien todo? Espero que no hablé demasiado aprisa.

Hubo algún colorcillo en el rostro de cera. Añadí:

—Espero también que la paga sea buena, muchacha.

Me miró con una frialdad espantosa:

—Recibo emolumentos satisfactorios. ¿Algo más, señor Fenton?

—Pensaba yo que con algo de maquillaje, el cabello suelto y repita de color, usted estaría muy potable.

No me agradeció el consejo ni el piropo, replicándome con sequedad:

—Este distrito no es el suyo, señor Fenton. Tenga la bondad de retirarse.

—Sí, señora — dije, humildemente.

CAPÍTULO VIII

Mi coche pareció llegar por su propia iniciativa a la tienda de Hazel, que vestía de negro y amarillo, con la melena en cola de cabello. Me acogió sin calor.

—¿Otra vez tú?

—Tu persistente perseguidor. ¿Has leído la Prensa?

—He comprobado lo que me suponía. Un Tarzán con músculo y sin seso. ¿A qué has venido?

—A verte. Me fascinas.

Se irguió:

—A ti sólo te fascino porque fuí amiga de Blade Ryman.

Fingí enojo:

—Me fascinas porque eres bonita, y si sigues así de desconfiada, mejor que rompamos, caramba.

Me acerqué a la puerta con paso de hombre ofendido. Sólo me llamó cuando ya estaba yo con la mitad del cuerpo fuera.

—Bien, comediante. Deja el teatro.

Regresé sonriente, y ella añadió:

—Quiero saber por qué persistes.

—Porque eres atractiva y honestamente no sé aún si es amor, Hazel, pero me consta que eres natural. La prueba es que ni te tiñes el cabello.

—Pensaré en ello.

—Como desayuné poco, te invito a almorzar, pequeña.

Fuimos al restaurante italiano que ella dijo. Me soplé «spaguetti», «pizza», y Chianti. Lo clásico. Hice un pequeño esfuerzo para no demostrar que ya había almorzado, o sino ella hubiera pensado que yo estaba tratando de investigar.

El sitio era tranquilo y bien almohadillado el compartimiento. Dije:

—Doris ya no está interesada en saber quién mató a Blade Ryman. Cuando vino a verme por vez primera, era su único interés. Ya no. No la comprendo.

Blandamente, dijo ella:

—¿Me haces preguntas o es conversación casual, Wolf?

—No lo sé, francamente. Lo cierto es que no tengo por qué preocuparme de Ryman si Doris no se preocupa. El hombre está muerto y no era amigo mío. Ni siquiera le conocía.

Hazel sorbió su café sin mirarme. Sorbí el mío mirándola, y dije:

—Creí que te alegraría saber que a ratos sospecho de Doris.

—No la odio. Me da lástima, porque ella daría todo su dinero para poder poseer algún talento.

—¿Te cambiarías por ella?

—Como, Fenton, y a veces me felicitan. Creo belleza.

—Una chica como tú debería estar casada.

—¿Es una oferta?

—Un consejo paternal. También me sorprende que Doris no esté casada.

—Porque es desconfiada como toda niña rica — y mirando a su reloj, me indicó —: Tengo una cita a las dos y media. Vámonos. Fenton.

A la puerta de su tienda, dije:

—Cuando necesites un amigo, piensa en mí, Hazel.

—Te tengo en la lista como bruto, pero noble — y me acarició la mejilla.

Bueno, ya éramos otra vez amigos.

En mi despacho telefoneé a Harry Owen:

—Los dos gamberros que me cortaron el tapizado, ¿ficharon sus huellas?

—No. Ni siquiera sé sus nombres.

—Pero usted encontró una huella en el hotel. Ya sé que no lo dijo usted, pero lo averigüé.

—Ya. ¿Qué le dijo Norris?

—Una conferencia para separar la ley de la justicia. Le dije que no tenía pruebas contra Gene, pero sospecha que ustedes saben más de lo que dicen los periódicos.

—De momento, lo que me interesa es que siga usted colaborando con la policía, Wolf. Deseo que sea usted la excepción; el detective privado que camina al paso de la policía.

—Porque pienso en mi viejo y no en Meyer. Hasta la vista.

Pasé a conducir hacia Venice. Poco después, por el retrovisor, vi un «Pontiac» convertible. Parecía seguirme.

En el local donde había trabajado Bárbara, el del bar me dijo:

—Yo creí que usted estaría harto de este sitio. ¿Es que no tiene nervios?

—He estado pensando en Carmela Wanda. ¿Se acuerda de ella cuando trabajaba aquí?

—Seguro. Y si no hubiera sido por su novio boxeador, aquí seguiría actuando.

—¿Una gran atracción, eh?

—En todos sentidos. Era una mujer…

Se interrumpió, porque entraba uno de los dos gamberros que, sosteniendo a su espalda la abierta puerta, dijo amenazador:

—Le he estado buscando, *rugbyman*. Han atrapado a mi compadre.

—¿Quién lo atrapó, muchacho? — le pregunté.

—Los polizontes. Usted lo denunció, ¿verdad?

—No. ¿Y cómo no te atraparon a ti también?

Cerró la puerta y avanzó con la derecha metida en el bolsillo del pantalón tejano. Yo me había olvidado de agenciarme un revólver. Vigilé al gamberrete mientras se acercaba.

A cuatro pasos, le dije:

—Alto, hijo. Quédate donde estás — y puse mi diestra bajo mi solapa.

Sus ojos pardos eran burlones.

—Sé cuándo un hombre lleva pistola. Sáquela, si la tiene.

Él sí que sacó su diestra. Pulsó un muelle y la hoja del cuchillo

vibró. La sostuvo como un segador disponiéndose a cortar alfalfa.

Le advertí:

—No seas idiota, muchacho. Ahora que estas libre, no te comprometas.

Me sonrió como un lobato:

—Vaya hablando, *rugbyman*.

—Piensa que Gene es morralla y estúpido. No te podrá ayudar si te metes en un aprieto.

—¿Quién mencionó para nada a Gene? Yo lo que quiero es saber de mi compadre.

—Puedo telefonear a la policía y enterarme.

—Nada de trucos, *rugbyman*.

El del bar movió la mano hacia el teléfono. Los ojos pardos le taladraron, y el del bar retiró la mano, deglutiendo con dificultad.

—Escucha, muchacho — dije yo —. Sacas un cuchillo y te portas como un matón. Puedo hacerte daño, a menos que enfundes tu navajilla.

Di un paso hacia una silla.

—¡Quieto! — y el gamberro cogió por la punta el cuchillo, disponiéndose a tirarlo contra mí.

Y entonces, tras suyo, se abrió la puerta, entrando un borracho de mirada indecisa. Pero me vino de perlas. Dije:

—Ya era hora, teniente.

El gamberro miró atrás y yo fuí a por la silla.

Debo reconocer que su reacción fué rápida. Habiendo visto al inofensivo borracho, se revolvió hacia mí, pero yo ya tenía la silla.

Y pesaba. La tiré por bajo hacia sus piernas.

Una pata de la silla le topó en la rodilla. Gritó y se cayó de espaldas sobre el borracho, el cual, a su vez, se cayó gimiendo:

—Vaya recibimiento, camaradas.

Recogí otra silla, por si acaso, pero se me anticipó el del bar, esgrimiendo lo que parecía un mango de pala.

Oí el «¡punk!» de la madera sobre el cráneo del gamberro y el chasquido del cuchillo contra el dintel. Una mujer en la calle gritó. El borracho, tratando de ponerse en pie, refunfuñó:

—Así no se recibe a un buen cliente, córcholis

El del bar gemía:

—Espero no haberle matado.

Yo fuí al teléfono.

***

Detrás su mesa despacho, el teniente Owen fumaba ignorándome. Entró Barker para informar:

—Leve conmoción. Fuera de peligro.

—¿Le sacó las huellas digitales? — pregunté.

Siguieron ignorándome.

Persistí:

—¿Le sacaron las yemas al otro muchacho?

Owen me miró sin amor:

—Las tomamos. No coinciden.

—Norris sigue fuera — intervino Barker —. Dice que representa también a este muchacho. Quiere que lo llevemos a una clínica.

—Al diablo con Norris. Que hable con Longford. Yo no quiero tratos con este bastardo.

Salió Barker y entró un flacucho vestido de gris con algunas cartulinas que dejó en la mesa ante Owen:

—Coinciden. El pulgar derecho del muchacho recién ingresado.

Los ojos de Owen se avivaron:

—¿Coincide con la huella sangrienta encontrada en el hotel?

—Por completo — dijo el delgaducho.

—Saque las fotos y dígale al abogadillo que espera fuera que me he ido a Copacabana.

El técnico se fué y Owen me obsequió con media sonrisa.

—Bien, esto le favorece, Wolf.

Me levanté:

—Celebro que no me tomen por un destructor de infantes. Ahora como Gene sigue libre voy a por él. ¿Cómo lo quiere, mi teniente? ¿Vivo o muerto?

—Lleve consigo un revólver, Fenton.

Pasaban de las cinco cuando entré en mi despacho, para teclear mi reportaje del día. Medité. ¿Qué necesita un asesinato? Móvil, medios y ocasión.

Para el gamberro Owen tenía medios: Ryman fué acuchillado, y el muchacho de la huella tenía un cuchillo. La ocasión de que el muchacho estuviera en el cuarto cuando fué asesinado Ryman, la tenía que demostrar Owen.

El móvil se lo colgarían al muchacho diciendo que trabajaba a cuenta de Gene y éste había amenazado a Ryman. Pero el muchacho me parece que no confesaría nada.

Estaba a medias en mi reportaje a máquina, cuando entró Lee Norris. No parecía muy preocupado, pero claro, no era su cuello el que estaba en juego.

—¿Me trae algún negocio? — le pregunté.

—Podría ser. Su amigo el teniente Owen no quiso hablar conmigo. Es un hombre duro, con el que resulta difícil razonar.

—Supongo — y levantándome, me desperecé —. ¿Qué le trae por aquí?

—Unos problemas de orden financiero. Resulta que trato con clientes insolventes. Y los procesos por asesinato cuestan dinero.

—¿Viene a sablearme? Llego hasta medio pavo, ni un centavo más.

—No le comprendo, señor Fenton.

—Ella sí que le comprenderá. Conocía muy bien a Ryman.

Me miró en silencio, inexpresivamente. Por fin, sopló:

—En este caso particular, conozco ciertos detalles que usted ignora.

—Entonces vaya a contárselos a la policía.

—Mi primer deber es con mi cliente. Intento comprarle a él toda la ayuda posible. Y esto cuesta más dinero del que dispone.

—¿Usted quiere comprarle algunos testigos? ¿A qué cliente, señor Norris?

—Necesito dinero, señor Fenton. Iré directamente a su cliente.

—Hágalo. Y me chivo a la policía. Ahora, largo de aquí.

Sonrió:

—Ciertamente que la protección que usted ofrece a sus clientes es mínima. Supongo que no les cobrará muy caro por su clase de servicio.

Se fué y yo conecté con Owen, mintiéndole un poco.

—Acaba de visitarme Norris. Creía poderme sablear para ayudar a la defensa del muchacho. ¿Cómo demonios se le ocurriría esta idea? Para mí es como si me hubiese hablado en griego. No tiene sentido.

—Tal vez el leguleyo posee algo en contra de su cliente Tonio Jordan. ¿Es su cliente, no?

—Desde un principio. Mi primer cliente, y lo sabe usted, puesto que estuvimos juntos en su despacho.

Unos segundos de silencio, y por fin, me dijo Owen:

—¿Es su único cliente, Wolf?

—Tengo otro en perspectiva tan pronto haga el contrato.

—Ya veo. Tiene, pues, dos clientes. ¿Quién es el otro, Wolf?

—Doris Nilson.

—¡Vaya! Prospera, amigo. ¿Qué es ella, cliente o patrona, Wolf?

—Es una muchacha rica y vulnerable, sin parientes ni protección en este sórdido mundo. De todos modos, no veo qué es lo que le hizo creer a Norris que soy un hombre con dinero.

Rió Owen:

—Tal vez piense que usted está asustado. Tiene motivos para estarlo, Wolf, con Gene Weston circulando libremente. Vaya armado, Wolf.

Terminé con mi reportaje y pasé a la ventana a contemplar el tráfico.

No cabía duda que era cierto lo que me dijo Owen en su

despacho, acerca de que estaba yo metido en una profesión sucia, en la cual era difícil conseguir nuevos clientes, si uno quería permanecer íntegro.

Me despertó de la meditación el teléfono con Doris al otro extremo. Pero el que la llamaba era yo:

—Quiero hablar con usted ahora mismo, Doris.

—Estaré en casa. ¿Ha sucedido algo?

—Creo que el teniente Owen supone tener ya a un asesino. La yema de un dedo de uno de los dos gamberros coincide con la huella sanguinaria dejada en el hotel.

—Lo sé… Pero quiero decir… ¿Yo qué tengo que ver…?

—¿Cómo lo sabía?

—Lo dieron por radio o en la televisión. No recuerdo bien. Le espero.

No fuí a cenar, puesto que tenía embuchados dos almuerzos. Fuí directamente a casa de Doris. Ella vestía de claro amarillo y en sus negros cabellos había una orquídea. Fuimos al patio. Ella medio se tendió en una tumbona y yo me encajé en un sillón. Interrogué:

—¿Usted no amaba a Blade Ryman, verdad que no? Él era uno más de sus invitados.

—Hubo un tiempo en que creo le amé. No lo juraría, pero me pareció amor.

—Pero usted no vino a verme preocupada por usted misma, ni por ninguna amenaza del asesino.

—¿Qué me preocupaba, entonces?

—Su hermanito Finn.

Fué como si le hubiese largado un directo. Se inclinó hacia delante:

—¿Está loco?

—A ratos. ¿Conocía Finn a los dos gamberros?

—¿Cómo iba a conocer a muchachos así?

—Finn va a hacer músculos a la playa general. Allí pudo conocerlos. Usted vino con Finn en su primera visita. La idea fué de Finn, ¿no?

—Parcialmente. Pero usted se equivoca, Wolf, porque…

—Un momento. Puede que vaya equivocado, pero estoy en la pista. ¿Conocía Finn a Carmela Wanda?

—No me lo dijo. ¿Qué intenta insinuar?

—Llame a Finn.

—No está en casa. Ni sé dónde. ¿Qué intenta insinuar, Wolf?

—Un abogado llamado Norris, poco escrupuloso, me dió a entender que pensaba sacarle a usted dinero. Representaba a Gene y los gamberros. Cuando yo fuí con Hazel, pensé que usted estaba celosa. No era eso. Usted estaba sólo preocupada, pensando que Hazel

pudiera decirme que Finn tenía relaciones con Carmela.

—¿Ella es la que le dijo que Finn se trataba con Carmela?

—No me lo dijo Hazel.

Se pasó ella una mano por la frente.

—¿No le habrá contado usted esta ridícula historia a la policía?

—Si es ridícula, no tiene que preocuparla.

—¿Es que no se da cuenta? Los periódicos… No les importa si un escándalo es cierto o falso. Y Finn está en una Universidad. ¿Es que no tiene sentido de… de…? — se atragantó, sollozando.

Yo tenía que machacar sobre caliente.

—¿La telefoneó Norris?

—Váyase… Váyase, Wolf.

—Sigo trabajando para usted, Doris. Sigo a su lado. Y por esto mismo necesito conocer la verdad.

—¿La verdad? — me miró con ojos inundados de lágrimas —. Usted viene aquí acusando a Finn de no sé qué… ¿y me pregunta por la verdad?

—¿La telefoneó Norris? — persistí.

—Un abogado me telefoneó. Dijo llamarse Norris. No me amenazó.

—Pero pidió dinero.

—Dijo que sabía que yo estaba interesada en descubrir quién mató a Ryman. Y me dijo que el verdadero asesino no sería nunca descubierto, si un muchacho inocente era llevado a la cámara de gas. Añadió que pensaba que yo estaría interesada en salvar a un inocente.

—¿Y cuánta moneda iba a costar?

—Dijo que con cinco mil bastarían para empezar. Después me presentaría otras minutas.

—Chantaje.

—Puede que así sea — y me miró ingenuamente —. Pero yo pagaría lo que fuese para… para…

—¿Para salvar a Finn?

—¿Usted… cree que Finn… es el asesino?

—Es duro de creer, pero en un momento de arrebato, o bajo la influencia del alcohol, cualquiera puede asesinar.

—Finn no bebe.

—Pero quiere a su hermana. Y si supiera que un canalla pensase hacer chantaje con fotos indiscretas…

—No hay nada de esto, Wolf.

Me levanté:

—Falta confianza entre nosotros, Doris, ya se lo dije otra vez. Espero que cuando Finn vuelva a casa, él tendrá más sentido y más confianza que usted. Dígale que estuve aquí y dígale cuanto he manifestado.

—Estoy aquí, Wolf. Aquí he estado desde un principio.

CAPÍTULO IX

Doris exclamó:

—¡Finn, cuidado! No está a nuestro favor. No tiene la menor idea de nada y está tratando de hacer un chantaje.

Yo miré a Finn, quien me sonrió débilmente, diciendo:

—Wolf, «el Pétreo», jugó siempre bruto, pero noble.

—Gracias, muchacho. ¿Quieres contarme todo?

—¿Aquí o en la comisaría, Wolf? — me preguntó.

—Aquí mismo. Y todo.

Se sentó cerca de su hermanita. Se inclinó con los codos en las rodillas y los dedos entrelazados. Yo había visto a muchos jugadores así sentados antes del gran partido.

—Yo conozco a Carmela Wanda. Estuve enamorado de ella. Hasta quise que nos casáramos. Será porque tengo poca experiencia en mujeres como ella. De todos modos, quería unirla a mí en matrimonio. ¿Por qué no se ríe, Wolf?

—Porque tal vez no sea graciosa la cosa.

—Y entonces Hazel me dijo que Carmela era una cualquiera.

—¿Nunca lo habías adivinado, muchacho?

—Supuse que en su pasado tal vez no hubiera sido muy seria, pero que le nuestro era firme. Era muy alegre… Todo le causaba gracia.

—¿Dónde la conociste, Finn?

—En el local de Venice, donde la rubia fué asesinada.

—¿Qué hiciste cuando Hazel te dijo que Carmela era una mariposona?

—Me puse furioso con Hazel. Dijo ella que podría demostrarlo, que Carmela iba a visitar a Blade Ryman al hotel y me explicó cómo podía yo mismo ir a la habitación de Blade sin ser visto.

—¿Fuiste?

—Primero me bebí un par de tragos. Nunca bebo, Wolf, para estar en forma. Bebí un par de copas para animarme, ya que seguía teniendo fe en Carmela. No puedo estar seguro de lo que luego pasó. Tenía una llave y allí estaban ellos dos: Ryman y Carmela.

—¿Quién te dió la llave?

—Hazel.

—Sigue.

—No sé bien lo que pasó, porque estaba bebido y mareado.

Recuerdo que golpeé a Ryman. Duro y un par de veces. Se quedó en el suelo, sin levantarse. Eso sí que lo recuerdo.

—¿Llevabas un cuchillo, Finn?

—¿Un cuchillo? ¿Para qué?

—Sigue, Finn.

—Carmela empezó a contarme mentiras. Que si él la había dicho que era artista y quería pintarla. Por lo visto, debía pensar que yo era idiota.

—Tenía ella sus motivos, chico. Adelante.

—La pegué — y Finn se miró las manos —. Me avergüenza, pero la pegué, y la llamé cosas feas. Después me fuí. Ni siquiera recuerdo cómo pude llegar a casa.

Intervino Doris, quedamente:

—Y a la mañana siguiente fuimos a visitarle, Wolf. Para ayuda.

—Y para mentirme también — especifiqué.

—Si se tratase de su hermano, ¿usted no mentiría, Wolf?

Preferí no contestar y le pregunté a Finn:

—¿No recuerdas más de aquella noche? ¿No habría en la calle algún otro coche?

Frunció las cejas, frotándose la muñeca con el canto de la mano zurda.

—No recuerdo bien… ¿Otro coche?

Sugirió Doris:

—¿Por ejemplo, un «Mercury» color mostaza?

—Había un coche. Un «Ford» negro, modelo antiguo.

—¿Cupé, abollado? — le apunté.

—Eso es. ¿Significa esto algo, Wolf?

—Pudiera. ¿Cuándo viste a Carmela por última vez?

Me miró, respingando:

—¿Carmela muerta? ¡No puede ser! ¡Dime que no, Wolf!

—Nadie parece saber si está viva o muerta. ¿Nada más, Finn?

—Nada más, Wolf. ¿Vas ahora a la policía?

—Aún no. Yo colaboro con la policía, pero trabajo para los Nilson. Y usted, Doris, no pague un centavo a Norris. Yo hablaré con él.

—Gracias, Wolf.

Conduje pensativo. Que un bobo como Finn con pocos años se enamorase de Carmela, no tenía nada de particular. Las artes y encantos de una mujer como Carmela podían embobar a gente varonil desde los quince a los setenta y pico.

Subí a las oficinas de Lee Norris. La secretaria me miró adusta.

—El señor Norris no está. ¿Quiere dejar algún mensaje?

—Ninguno. Trabaja usted hasta tarde. ¿Vuelve Norris?

—No lo dejó dicho. Pero lo dudo. Rara vez trabaja después de las

seis.

—¿Puede telefonear a su domicilio para pedirle audiencia?

—Puedo. ¿De qué naturaleza es la clase de negocio por el que le requiere, señor Fenton?

—Intento de chantaje. Intentado por él.

Me miró algo sorprendida. Le dije:

—Este distrito es el suyo.

Marcó números y dijo:

—El señor Fenton está aquí, señor Norris. Desearía hablar con usted.

Pausa y me tendió el trasto, en el que decía Norris:

—Estoy cenando, señor Fenton. ¿Puede venir a las ocho y treinta?

—Como un clavo.

La secretaria me apuntó la dirección y me fuí a cenar. Después, con mi cacharro, escalé las colinas de Hollywood. La casa de Norris era antigua. Enterrada en geranios, tras muros blancos.

Si me esperaba en el patio delantero. Pude ver las abiertas ventanas de un «living» y a una atractiva señora de edad madura, leyendo cuentos a un par de chiquillas de unos diez años, que parecían gemelas.

Norris fumaba un habano aromático. Me señaló una silla. Yo señalé el panorama, sentándome.

—Buen paisaje. Hermosa casa.

—Podría venderla por cinco veces el valor que me costó.

—¿Ha venido aquí alguna vez Gene Weston?

—Alto, señor Fenton. Este es mi domicilio particular, no mi despacho. Y si quisiera sermones, elegiría un asesor mejor educado que usted.

—«Okey», señor Norris, voy al grano. La policía no acaba de comprender por qué rehusé identificar positivamente a Gene como asesino de Bárbara. Ni yo tampoco.

No le podía ver bien la cara, porque daba la espalda a la luz. Susurró:

—¿Me está ofreciendo cierta clase de trato, señor Fenton?

—Estableciendo hechos. Otro hecho: mi cliente ya no me paga para encontrar al asesino de Ryman. Se contenta ella con el sospechoso que la policía tiene enjaulado.

—También la policía. Pero aquella noche, allí había otro muchacho, ¿no?

—Posiblemente. Pero cualquiera que lo declarase tendría también que admitir que estaba allí. Y tendría que dar una razón por encontrarse allí donde sólo quedó un muerto.

—Comparto su punto de vista, señor Fenton. Adelante.

—También pudo estar allí una muchacha. Yo fuí contratado para

encontrarla. Una muchacha llamada Carmela Wanda. ¿Sabe quién es?

—No.

—¿Y Gene?

—Si supiera dónde está, podría preguntárselo.

—¿No sabe dónde está?

Pausa larga. Habano encendiéndose dos veces de rojo muerto a rojo vivo, y por fin, respuesta:

—No lo sé.



Vaya recibimiento, camarada, para un buen cliente.

—¿Ni Carmela Wanda?

—Tampoco. Y tengo la impresión de que también lo ignora el señor Weston, aunque naturalmente es sólo una impresión personal.

—Naturalmente Pero si en aquel cuarto de hotel, aquella noche estaban Ryman, Carmela y los dos muchachos, como testigos sólo disponemos de los dos muchachos, ¿no es así?

—¿Le importaría mucho nombrar los dos muchachos? Porque estamos tratando sobre premisas demasiado hipotéticas.

—Uno de los muchachos es el que tiene enjaulado la policía. El otro podría ser su compadre o uno de mis clientes. O tal vez los dos. De todos modos, usted representa, a clientes algo amorales. Y espera que una persona inocente pague por la defensa de estos amorales.

—No les llame amorales, sino pobres de solemnidad. No me interesa su valoración de caracteres, señor Fenton. Sin rodeos, ¿su cliente contribuirá sí o no a la defensa de este muchacho?

—No, si mi consejo le sirve a ella.

—Ya… Y usted me amenaza con cambiar su testimonio sobre Gene Weston, si yo no le sigo la corriente a usted.

—Yo creo que deberíamos consultar al propio Gene, ya que apuesto a que se sentiría feliz si yo cambiase mi testimonio por culpa de su falta de colaboración de usted.

—No me asusta Weston, porque lleve largo tiempo de criminalista, y puedo garantizarle que estoy a salvo de cualquier amenaza criminal.

—Procedente de criminales inteligentes, es posible, pero tratándose de Gene Weston me temo que en este mundo nadie está, a salvo, aparte su mamá, y aun eso, queda por ver.

—Concretemos. Lo que me sugiere usted es que Hará perjurio si continúo solicitando ayuda de la señorita Nilson.

—No, no… Simplemente le pido que sea ético, pero veo que no lo consigo. Si ve a Gene, dígale que sigo esperándole.

—Si le veo, se lo diré — se levantó como yo —. Y si no le molesta el consejo de un viejo profesional, señor Fenton, busque otra actividad. Es usted demasiado cándido para ser detective privado.

—Intento revolucionar la profesión, siendo decente. Creo que su señora esposa intenta atraer su atención, señor Norris.

Miró hacia la ventana en que se enmaraba su esposa, y dijo quedamente:

—Sí. Ya es hora de que oiga las oraciones de mis hijas. Buenas noches, señor Fenton.

Alejándome del hogar de Norris, conduje hacia la casa privada de Hazel.

Subí los peldaños y llamé. Ella llevaba una bata, había crema desmaquilladora en su rostro, pero seguía bonita.

—¿Qué pasa ahora, Wolf?

—Me gusta tu cabello recogido.

—Sin rodeos, Wolf. Leo en tu cara que has venido intencionadamente.

—Finn Nilson me ha contado una historia sorprendente. ¿Puedo entrar?

Dilató los ojos y se apartó para dejarme entrar. Olí a café y dije:

—Me vendría bien un cafelito.

Pasó ella a la cocina, y yo me instalé en el diván, tras la mesita triangular, donde poco después dejaba ella la tacita frente a mí. Se había quitado la crema facial.

—¿Qué sabes de Finn y Carmela, muchacha?

Se sentó a mi lado.

—Sé que él quería casarse con ella.

—¿Y que ella era amiga de Ryman?

—Sí. El conoció a Carmela por mediación de Finn, que estaba muy orgulloso de exhibirla. Hasta la llevaba a su casa a cenar. Bien, ya puedes acusarme de haberte mentido.

—No eres la única. Tú tenías la llave del cuarto de Ryman. Se la diste a Finn para que se enterase… y después fuiste al funeral de Ryman.

—¿Por qué no? Yo no puedo odiar a los muertos.

—¿Y te callaste porque querías proteger a los Nilson?

—Sólo a él, porque es un buen muchacho y te consta que no es capaz de matar.

—Yo no pienso en Blade Ryman.

—¿En quién, entonces?

—En Carmela.

—¿Está muerta? ¿Cuándo…?

—No sé si está muerta o viva.

Miré la última edición. Un retrato del mozo que me presentó su cuchillo. Otro de su compadre. Y un retrato de una madre llorando…

—Tal vez Finn conociera a estos dos muchachos. Iba al local donde ellos acudían a ver a Carmela y Bárbara.

—¿Vas a decirles a la policía, lo referente a Finn?

—No sé. Hay un leguleyo que sabe que Finn estaba allí aquella noche, y puede declararlo a la policía para acabar de confundir las cosas.

—Necesitas aspirina.

Regresó del cuarto de baño con el frasquito de aspirina. Me tomé dos.

—Pareces cansado — me dijo.

—Lo estoy.

En la puerta me dijo:

—Lamento haberte mentido.

Me incliné para besarla en la frente:

—Fuiste sentimental y no es ningún crimen. Hasta la vista.

Fuí al hotel y Burns suspiró al reconocerme:

—La policía ha vuelto y ahora usted. Veo que han atrapado al jovencito.

—Lo han atrapado, pero no está aún convicto ni mucho menos.

—Nunca le vi por aquí, aunque el sargento Meyer pretendía que yo dijese que lo había visto.

—Creo que la policía tiene poca confianza en usted, Burns. Acabo de hablar con el abogado de Gene. Parece creer que aquí hubo otra persona de la cual al policía no tiene noción, la noche del crimen. Por lo visto, celebróse aquí en este cuarto una verdadera reunión general.

—Yo no oí nada, porque cada cuarto tiene su radio y televisión. Y pese a los gruesos tabiques, a veces arma mucho ruido la radio. ¿Qué intenta decirme, señor Fenton?

—Pensé que tal vez usted me soplaría algo que no desea revelar a la policía.

—Ya las pasé negras por contarle a usted lo de la huella dactilar.

—Pero cuando vino Gene, le impedí que le avasallara.

—Y yo le di el silletazo. En paz, señor Fenton. He dicho cuanto sé. Buenas noches.

—Buenas noches… y suerte.

Yéndome, medité que los dos pensábamos en lo mismo: en Gene Weston.

CAPÍTULO X

Dejando el coche dentro del garaje, iba a cerrar la puerta cuando una voz me saludó:

—Hola, Fenton.

Al otro lado de la calle, vi una silueta. Anchos hombros, pero no pude ver la cara, aunque adiviné:

—¿Gene?

—Yo mismo, Fenton. Y tengo un revólver en la mano.

—Hablé esta noche con tu abogado, Gene.

Noté cómo me resbalaba el sudor por las narices. Gene contestó:

—Amenazando con cambiar tu declaración sobre mí.

Pensé en el leguleyo Norris y me dispuse a poner las cosas claras. Pensé luego en Norris como papá, y cerré la boca. La voz de Gene se hizo agria.

—¿Asustado de hablar, Fenton? Por lo visto, te nutres sólo con muchachos cuchilleros.

—Admito que estoy asustado. Porque tú podrías llegar lejos, si empleases la sesera en vez de los músculos.

—Cierra la puerta y vete a tu piso. Estaré siguiéndote.

Cerré la puerta, pensando que tenía, razón Norris. Yo era demasiado cándido para prosperar en la profesión. Ni siquiera se me ocurría llevar un pistolón, aunque fuera de alarma.

Rió en las sombras Gene:

—Gran defensa asustado. La muralla del rugby rajándose.

—Porque tú tienes un revólver y yo, no.

—Y tengo muchos amigos con revólveres, cuchillos, puños de hierro y tripas. Por lo tanto, nada de sentirte truquista, Fenton. Sigue caminando delante.

Yo tenía una tiritona de mono con gripe. ¿Cuándo iba a estallar el revólver? Blanco sobraba. Me animó diciéndome que si hubiese querido cribarme le sobró tiempo mientras estaba yo en el garaje.

Me paré ante el patio:

—Sólo hay una puerta para llegar a mi piso, y tenemos que atravesar este patio donde puede haber alguien, Gene.

—Adelante, a ti sólo te importa, saber que mi revólver lo llevo ahora en mi bolsillo.

No había nadie en el patio. Subiendo las escaleras, calculó que siendo los peldaños estrechos, yo podía intentar la «coz de mula». Gene dijo.

—Te leo en el cogote, Fenton. Nada de coces. Tengo el gatillo nervioso.

Abandoné la idea de la coz de mula. Tardé un poco en abrir mi puerta, porque la llave temblaba algo. Encendí la luz.

Gene siguió dando a la batuta:

—Corre las cortinas.

Fuí a correr las cortinas y entonces él cerró la puerta, ordenando:

—Siéntate.

Me senté. Pude verle el revólver. Se me antojó un «45». De esos que abren agujeros como el puño. Tenía Gene en la cabeza un parche, recuerdo del silletazo de Burns y un ojo a la funerala con nariz haciendo juego, recuerdo de la rodilla de Wolf Fenton.

—Tus manos en los brazos del sillón, Fenton.

Aplané las manos en los brazos del sillón. El extremo de su «45» se me antojó un túnel. La sonrisa de Gene, la de un sepulturero:

—Te dije que nos volveríamos a ver, Fenton.

—Yo esperaba que no fuese tan pronto.

—¿Te has envalentonado, eh? Ya no tiemblas.

—Es que me voy acostumbrando.

—El teniente Owen está muy contento. ¿Por qué?

—No lo sé. También he tratado de adivinar por qué está tan contento.

—¿Tiene enjaulada a Carmela, no?

Moví la cabeza para decir que no. Imprudencia. El revés de su zurda me cazó en plena mejilla. El sillón estuvo un rato sobre dos patas y yo vi sangre destilando por la esquina de mi boca.

Por un momento perdí un poco el control, y me levanté a medias. Pero el túnel 45 me exploró los ojos y volví a sentarme.

Me acaricié la mejilla y miré mi mano empapada:

—Podrías quitarte el anillo, Gene.

—Tú también podrías vivir, sólo diciéndome dónde está Carmela.

—No lo sé, y va muy de veras.

Esta vez su anillo me chocó en el caballete de la nariz y me tintineó el seso. Dije, rabioso:

—¿Así qué demonios conseguirás? Me pagan por encontrar a Carmela. Quiero saber dónde está ella como tú.

El dió un paso atrás. Yo pensé en un delantero disponiéndose a chutar.

Yo mismo había chutado muchas veces, pero nunca con la pata zurda.

Pero su revólver estaba en línea con mi pata zurda. Y a la distancia justa…

—Una vez más, Fenton. ¿Dónde está Carmela?

—La última vez que la vi… — empecé a mentir lentamente, colocándome la mano en la mejilla. Era preciso mantenerle la vista alta —. La última vez que la vi, ella…

Lancé el patadón y me proyecté a la derecha. Oí cómo el revólver caía en la alfombra. Y Gene cometió el gran error.

Pudo haberme manejado con los puños, ya que lo demostró en el hotel. Pero se inclinó para recoger su pistolón.

Y esto le colocó en la postura de un delantero adversario, a punto de arrancar con el balón. Pensé en el delantero centro del «Rocky»…

Le atrapé de lleno tras la oreja con la mano derecha y de lleno en los dientes con mi rodilla del mismo lado. Cayó, y por un instante se quedó boca arriba.

Le salté encima en un placaje que si lo ven me contratan por tres temporadas. Aplastándole con el cuerpo, le hundí el puño en la garganta.

Alguien llamaba a la puerta. Yo recogí primero el revólver de Gene y fuí a abrir. Era un vecino simpático: el irlandés Kelly.

—Llame a la policía, Kelly. Desde aquí.

Comprobé que el revólver tenía una bala en la recámara y dijo Kelly:

—Le sangra la cara, Wolf.

—Me consta. Telefonee, pronto, teléfono, aprisa.

***

El despacho del capitán Longford era pequeño y limpio como el capitán. Que me decía:

—El doctor le dejará nuevo, sin cicatriz siquiera, Wolf. He hecho colocar a Weston en la celda frente a la del muchacho, para que éste vea a su héroe. Le puso usted la cara como un mapa. Puede tenderse en mi catre, Wolf. Hasta que llegue el teniente Owen que está más familiarizado con el caso. ¿Aspirina, Wolf?

Me dió aspirina, agua helada y sonrisas. Pero cuando llegó Owen, el decorado cambió. Le conté mi historia. El me preguntó:

—¿Dónde está Carmela?

—Ni idea, Harry, caray.

—Hay cosas que no me contó, Fenton. Creo que es mejor que se busque un abogado.

Telefoneé a Nat Risko. Había sido ala en el equipo de Harvard, y le dió por acabar leyes. Vino un doctor a parchearme y después llegó Nat.

Le dije:

—Te pondrás en contacto con mi cliente Doris Nilson. Quiero que le digas que yo trabajaba en el caso Ryman a cuenta de ella, porque Ryman le debía a ella diez mil dólares. Esto es todo cuanto ella tiene que decirle a la policía.

Frunció Nat las cejas:

—Escucha, Wolf, yo no soy como este tramposo que espera fuera. Me refiero a Lee Norris. Yo tengo moral.

—¿Y quién dice que no la tienes?

Me miró dubitativo. Yo apreté:

—Doris es la hermana del chico Nilson. Finn Nilson, todo un as. ¿Te das cuenta?

Nat me miró el rostro vendado. Dijo, pensativo:

—Siempre fuiste limpio, Wolf.

—Sigo siendo limpio. Anda, vete a decirle a Doris lo que te he dicho.

—Bueno, por ti, Wolf, sólo por ti.

Salió Nat y entró un policía de uniforme que cogió una silla y se sentó junto a la puerta cerrada. Yo quería pensar, pero lo que hice fuí dormirme como un tronco.

Después me sacudieron por un hombro. El uniformado diciéndome que el teniente Owen quería verme en su despacho. Donde estaban ya mi abogado y una muchacha alta, morena y

distinguida.

En el despacho de Owen, Doris Nilson respingó:

—¿Qué te pasó en la cara, Wolf?

No pude contestar porque señalándome una silla, dijo Owen:

—Ahorraremos tiempo si los dos me cuentan todo sobre la muerte de Ryman. Dígame, señorita Nilson, ¿cuáles eran sus relaciones con Ryman?

—No entiendo la pregunta, sargento Owen.

—Teniente Owen, señorita Nilson. ¿Le prestó diez mil dólares? ¿Por qué?

—Porque me los pidió.

—¿Se los pagó en cheque?

—No recuerdo. Ordené el pago a mi apoderado. Ahora está ausente. Un viaje de placer. Su última escala era La Habana.

Owen suspiró:

—¿Por qué contrató a Fenton?

—Quería saber quién mató a Ryman, y ver si existía la posibilidad de recuperar mis diez mil.

—¿Qué tiempo hace que el presente abogado señor Risko es su abogado?

—No lo es. Sólo me representa en este momento.

—¿Por qué le interesaba saber quién mató a Ryman?

—Me interesaba sólo saber que no fuese una de mis amistades, por cuestión de evidente sociabilidad.

—Señorita Nilson, si me cree tonto o impresionado por su condición social, comete un gran error.

—He dicho cuanto sé, teniente. Más preguntas a mi abogado, teniente.

—¿Y usted, Fenton? — me preguntó Owen.

—Estoy reventado, fatigado, harto. Colaboro y me encierran.

—Llévevelo, sargento.

Meyer me invitó con el índice:

—Por aquí, Fenton.

—Un momento, sargento — dijo Owen —. Buenas noches, señorita. Buenas noches, abogado.

Me sonrió Doris, yéndose. Meyer se aproximó al despacho. Owen me dijo:

—¿Quién diablos se cree ella que es?

—Amiga del gobernador, del presidente, del supremo… ¡Yo qué sé! — sonreí.

—Puede irse a dormir a su casa, Fenton — decidió Owen, de pronto.

—Bien, Harry. Seamos francos, ¿me cree usted capaz de encubrir a un asesino, sea quien sea?

—Creo que no, Wolf. Además, no estoy para discutir. Buenas noches.

Un par de patrulleros me llevaron en su coche. Y dos minutos después de sumergirme entre sábanas, no había marmota que me hiciese la competencia.

CAPÍTULO XI

Me desperté tarde. Duchándome de modo que mi cara no se mojase y después de comer leí la Prensa. Había una foto mía durmiendo en el despacho del capitán Longford, y de todo lo que leí lo que me pareció más venenoso fué una frase:

«Una familia de la alta sociedad parece complicada». Aquello lo debió de escribir el periodista ateniéndose a un soplo anónimo, pero seguro que fué el abogado Norris el del soplo.

Llegando ante mi despacho, vi el coche de Tonio, pero él me esperaba arriba con un periódico doblado bajo el sobaco.

Como saludo, me dijo:

—¿Quién es esta familia rica? ¿Saben algo de mi Carmela?

Abrí la puerta y ya dentro, le invité:

—Adelante, Tonio. Nadie sabe nada de su Carmela.

—¿Quién es esta familia que dice el del periódico?

—No importa. ¿Para qué quiere saberlo?

—Importa. Usted me lo dice. Yo pago. ¿Pagan ellos más? ¿Saben algo de mi Carmela y le pagan más a usted?

Sacó su billetero. Con paciencia, le dije:

—No se trata de dinero, Tonio. Sigo buscando a Carmela, pero por ahora todo son callejones sin salida.

—Dígame cuál es la familia. Yo la encontraré, la gente rica no asusta a Tonio Jordan. ¿Gente de Beverly Hills, no?

—Buena gente, Tonio. Le doy mi palabra que no me han comprado.

—Dígame quiénes son.

Denegué y se puso agresivo:

—Le han comprado, pero este abogado llamado Norris, él sí que sabe. Y voy a tratar con él. Lamentará usted traicionarme a mí.

—Yo sé tanto como los que han leído la Prensa, Tonio. Cálmese y puede estar más que seguro de que sigo buscando a Carmela.

—Pues puede dejarlo. Yo la encontraré. Y también a esta gente rica. Al infierno con usted, Wolf Fenton.

Restalló la puerta al irse. Telefoneé al despacho de Norris. Su

secretaria me dijo que no había llegado aún, pero que me llamaría apenas llegase.

Lo hizo y le comuniqué:

—Un hombre llamado Tonio Jordan va a visitarle.

—Está aquí ahora.

—Pues no le diga nada. Es un polvorín y nos metería en líos.

—A mí personalmente, no. Usted se dedica a proteger a los millonarios, ¿no? Cumpla. El señor Jordan me ha ofrecido mil dólares sólo para que le diga un nombre.

—Si yo fuera usted no le vendería este nombre, Norris. Piense que en California existe una ley contra quien es raptado, aunque sólo sea durante unos minutos, mientras exista traslado a la fuerza.

—Así es. ¿Y por qué me lo expone?

—Porque Gene Weston anoche me forzó a trasladarme desde mi garaje a mi piso.

—¿Acaso no iba usted a su piso?

—No. Yo iba a comer algo y Gene me forzó a trasladarme contra mi voluntad.

—Gene lo cuenta de otro modo. Dice que usted le invitó a pasar a su piso, intentando sobornarle para que no revelase el nombre de cierto joven de alta sociedad. Gene se negó y entonces usted le agredió.

—Esto es un cuento tártaro. Y le consta, Norris.

—A Gene no le quieren mucho los de la policía, pero me temo que tampoco sienten mucho cariño por usted.

—Al grano. Si le vende a Jordan el nombre de la familia, lo lamentará.

—Existe una variante. Que reciba una oferta mejor por parte de la familia en cuestión. Si no, vendo al mejor postor. Buenas tardes.

Marqué los números de Doris contándole mi reciente charla, y aconsejó:

—Empaqueta a Finn y llévatelo fuera de la ciudad. Os vais los dos, porque este Jordan es un cabeza caliente y si empezases a pagarle dinero a Norris, no acabarías nunca. Si no quieres salir de la ciudad; pide protección a la comisaría de tu distrito.

—Así lo haré.

Yo seguí pasando a máquina el informe. Entró Finn Nilson cuando estaba yo terminando Llevaba un periódico. Le pregunté:

—¿Telefoneó Doris a la policía pidiendo protección?

—No. Lo que hizo fué telefonear al abogado Norris. Yo he venido para enseñarte esto.

Un retrato del mozo del cuchillo, que se llamaba Derek Santos.

—¿Le conoces, Finn?

—Sólo de nombre y por esta foto. Carmela tenía un retrato suyo.

Era su hermanastro. Él y Carmela nacieron de la misma madre, que murió hace cosa de un año. ¿Lo sabe la policía?

—Lo dudo. Vete a ver al abogado Nat Risko. Cuéntale lo que ha hecho Doris y ahora lárgate, porque no quisiera que Jordan te sorprendiera por mi despacho.

Minutos después, arrancaba yo, cuando vi llegar el coche de Tonio. Él no me vió y yo pisé el acelerador.

Encontré al teniente Owen charlando con Barker en su despacho. No me miraren con entusiasmo.

—¿Confesó Derek Santos? — pregunté.

—No.

—El chico es hermanastro de Carmela. ¿Lo sabían, muchachos?

—¿Está usted seguro, Wolf?

—Y de otra cosa. Déjenle hablar conmigo a solas y atiendan por magnetófono. No pueden perder nada.

—De acuerdo.

Yo pasé minutos después a un locutorio, con ventanas enrejadas. Derek Santos, al sentarse en el centro, comprobó que estábamos a solas, y dijo:

—No veo de qué vamos a hablar usted y yo, mastodonte.

—De dónde está Carmela, tu hermana.

Respingó, susurrando:

—¿Lo sabe la poli?

—Todavía no. Me lo dijo Norris. Que lo supo por Gene. Ellos dos están dispuestos a cargarte todos los muertos. Yo quiero encontrar a Carmela, porque trabajo por cuenta de gente rica.

—¿Quiere decir… quiere decir… que el tipo sigue queriendo casarse con ella? Pero yo no sé dónde está ella. Además, Ryman lo estropeó todo haciendo que el tipo viniera al hotel. Gene me dijo que le estaban preparando algo a Carmela. Cuando llegué al hotel, Ryman estaba en el suelo y Carmela se había esfumado.

—Pero no tenías por qué acuchillar a Ryman. No arreglaba nada.

—Yo no le acuchillé.

—Eso me tiene sin cuidado. Lo que quiero saber es dónde está Carmela. Gene mató a Ryman, de acuerdo, pero ¿qué consigue Gene con tener secuestrada a Carmela? Empiezo a pensar que la mató Gene.

—¿Para qué iba a matarla?

—¿Quién sabe? ¿No mató ya a Bárbara? Intenta colocarte también esta muerte, pero no eras tú el que corría por el callejón aquella noche.

—Gene no me haría esto a mí, ni hablar.

—¿No? ¿Quién te complicó mandándote al hotel? Gene. ¿Por qué tenía que contarte los trucos que preparaba Ryman?

—Porque es el patrón y es mi compadre.

—No seas ingenuo, Derek. Gene quería librarse de Ryman para conseguir el negocio de chantaje que se traía Ryman con fotografías indiscretas. Y ahora quiere librarse de ti, para una vez suelto, explotar las fotos.

El muchacho aspiró a fondo, mirándose los pies.

—Nunca confié en el picapleitos ese de Norris.

—Él cabalga con los patrones no con los escuderos como tú. Gene es el patrón y si tiene que echar alguna sardinilla a los tiburones del tribunal para salvar a Gene, lo hará. Tú eres la sardinilla.

Santos siguió mirándome los pies. Yo atornillé.

—No había motivo para que Gene matase a Bárbara y lo sabes. Pero era la mejor amiga de Carmela, y Gene tuvo miedo de que Bárbara supiera lo que él había hecho con Carmela.

El muchacho empezaba a respirar fatigosamente. Yo apreté.

—Para su mala estrella, yo le vi correr a Gene después de disparar. Y como ahora se encuentra acorralado, él sólo piensa en protegerse a sí mismo. Te das cuenta y no eres ningún majadero.

El chico me miró. De pronto, parecía tener sólo quince años.

—¿Y a quién tengo yo en el mundo para protegerme, salvo a Gene y al leguleyo ese?

—Puedo conseguirte algún dinero. ¿Sabes cómo se llama mi cliente?

—No. Sólo sé que Carmela me dijo que tenía mucho dinero.

—Te consta que no mató a Ryman.

—Eso me consta.

—Y que tampoco mató a Bárbara.

—Tampoco, y, por lo tanto, ¿por qué pueden mezclarle en este potaje?

—Porque Norris trata de hacerle un chantaje. Y ya que tú no sabes ni su nombre, ¿cómo lo averiguo Norris, sino por mediación de Gene? Natural, hombre. Y ahora te cargan lo de Ryman a ti. Estás oliendo a gas, hijo.

—No hay gas para mí. Soy menor.

—Bien, pues te sentenciarán a noventa y nueve años de presidio, mientras Gene y Norris se darán la gran vida. En cambio, con un buen abogado, el jurado femenino admitirá que estuviste rabioso, tuviste un arrechucho al matar al hombre que abusó de tu hermana. Y necesitas un abogado decente, no un leguleyo contra quien el jurado ya está de antemano en contra.

—¿Usted no me está enredando, *rugbyman*?

—Procuro sacarte del atolladero.

—¿Puede conseguirse un abogado decente?

—Puedo. Explica a la policía las cosas tal como pasaron y yo te prometo un buen abogado.

—Bien — y acercándome a la puerta, repiqué sobre ella.

Tras mío, me dijo Derek Santos.

—Quiero declarar de nuevo todo lo que sé — y parpadeando, miró fijamente al teniente Owen, añadiendo —: Quiero confesar. ¿Puede venir el padre Flaherty? De la iglesia de San Patricio. Quiero confesar con el padre Flaherty primero. Después me chivaré en todo lo que sé.

En su despacho, lució el teniente Owen una hermosa sonrisa.

—Buen trabajo, Wolf. Va progresando. Y la altiva señorita Nilson tiene un hermanito de Universidad, ¿no?

—Usted no echará al muchacho a los lobos, Harry. Para hacerlo se necesitaría tener muy mala sangre, Harry.

—Me han llamado cosas peores, Wolf.

—Yo, no. Todavía, no.

—Usted siga buscando a Carmela. Encuéntrela, y entonces me olvidaré de Finn Nilson.

Entró Barker radiante:

—El chico ha hecho una confesión completa, incluyendo que él condujo el «Ford» en ida y vuelta llevando a Gene Weston con su escopeta, para cargarse a Bárbara.

—Y todo gracias a Wolf — dije yo.

Estaba ya en el vestíbulo, cuando me dijo Owen:

—¿No chocamos manos, Wolf? Se le agradece la labor.

Regresé para sacudirle la diestra. Hasta Barker me tendió la suya, diciendo:

—Para un privado, es usted potable, Fenton.

—Eso me consta. Siempre que estén en un apuro, llámenme para consultarme gratis.

Y salí triunfante.

CAPÍTULO XII

Conduciendo hacia Santa Mónica, iba yo atando cabos. Bajé ante una casa solitaria, limpia. Llamando al timbre, no obtuve más respuesta que el timbre sonando dentro.

Di un rodeo hasta una ventana semiabierta. Nadie en la casa, nadie en la calle, nadie a la vista. Me colé por la ventana. Pasé al «living», al comedor y a la cocina.

Desde la cocina vi el patio de atrás, cercado con muro cubierto de geranios. Y en el centro había rosales y hasta un arco con trepadoras.

Pasé a la alcoba mayor. Había un retrato de Carmela en la pared.

Había una bata y dos vestidos de mujer colgando de una percha. Y zapatos femeninos en el suelo. También una portable «Remington».

En el armario, principalmente trajes masculinos, aunque algo de prendas interiores femeninas. No encontré nada más importante, salvo una automática de calibre intermedio, cargada.

Pasé al patio y bajo el arco con enredaderas me pareció que la tierra estaba en cierto modo más alta que por alrededor.

Regresé a la cocina, pero no había cerveza en la nevera. Me contenté con «Coca-Cola» y como había ron cubano, me preparé un Cuba Libre. Me había ganado aquella espuela.

Fuí a sentarme en el «living» junto a la chimenea. Diez minutos después, un coche se detuvo. Por la ventana vi bajar a su conductor. Fuí a la puerta para abrírsela.

Él estaba todavía a unos seis pasos de la puerta y al verme se detuvo en seco.

—¿Cómo entró? ¿Qué hace aquí? — me preguntó.

—Buscando a Carmela, Tonio. Para eso me pagó, ¿no? He venido solo.

Titubeó, y, por fin, entró. Yo dejé la puerta algo entreabierta y avancé mientras él miraba en torno. Me dijo:

—Espere aquí.

—No espero aquí si es que va a buscar un revólver, Tonio.

—No necesito revólver, ni tampoco quiero policías aquí. Quiero comprobar.

—Compruebe.

Me senté y él regresó de su registro, volviendo a preguntarme:

—¿Por qué está aquí?

—Buscando a Carmela, pero usted no me contrató para esto. Usted quería que yo averiguase todo lo referente a Carmela y sus amigos. Para que yo averiguase quién fue el último novio de Carmela, este «hombre rico» que quería casarse con ella. Los otros no querían casarse con ella. Pero el «hombre rico» sí que podía quitársela a usted definitivamente.

La diestra de Tonio estaba en el bolsillo de su chaqueta. El rostro de Tonio no expresaba nada, aparte un centenar de peleas.

—Empecé a pensar que a usted le sacaba de quicio la gente rica. Especialmente los hombres ricos, pero sólo porque uno de ellos quería casarse con Carmela, aunque usted no sabía quién era. Y por fin, aquel anillo, Tonio. Fué enviado a mi nombre para que yo se lo diese. ¿Y quién sabía que yo trabajaba para usted? Nadie.

—Bárbara Lehar.

—Ella, Carmela y usted. Sólo tres lo sabían. Pero ni Carmela ni Bárbara hubieran enviado un anillo valioso. No eran mujeres de esta clase. Lo envió usted. El matasellos era de Santa Mónica y de los tres,

sólo usted vive en Santa Mónica.

—¿Y por qué iba yo a matar a Carmela?

—Porque aquella noche, la del hotel, ella acudió aquí directamente, pensando que usted era el único en quien podía confiar. Usted le prometió protección y que se casarían. Pero ella dijo que no, que para casarse tenía un partido mejor. Un hombre rico, joven y guapo. Y hasta es posible que Carmela se riera de usted, Tonio.

—Carmela nunca se rió de Tonio. ¿Sabe quién es el otro hombre?

—¿No le basta ya con un asesinato, Tonio?

—Sin Carmela, nada me importa ya. He de acabar con el otro. Después, no me importa que los polizontes me atrapen.

—Usted me pagó para que encontrase sólo a Carmela, no al otro, no a su rival peligroso, Tonio. Y ya he encontrado a Carmela. Bajo las enredaderas, entre los rosales, allí está Carmela bajo tierra, Tonio.

Tonio sacó la diestra y me encañonó la automática de calibre intermedio. Dijo:

—Cochino traidor, Wolf Fenton. El patio es bastante grande para los dos. Para ti y para Carmela.

Me levanté. Tonio apretó el gatillo…

Tuve que decirle, apenado:

—No sirve, Tonio. Está descargada. Tengo las balas en mi bolsillo.

***

Un sargento y varios policías estaban excavando en el jardín y pude llamar por teléfono al despacho, de Owen. Se puso el sargento Meyer, prometiendo venir al instante.

En el coche patrulla estaba Tonio entre dos policías.

A mí me dolía el corazón, porque Tonio conservaba pegada y había logrado conectarme un buen directo. Pero un peso ligero algo adiposo, no es rival para un peso medio fuerte que se cuida.

Sirenas, una ambulancia, y yo pasé a echar un último vistazo al retrato de Carmela.

Fuera, la estaban sacando del foso abierto por Tonio. Preferí no ir a verla. Total, en persona nunca la había visto y era mejor que conservase de ella el recuerdo de las fotos.

Cuando pude ducharme en mi nido, seguía pensando en Derek Santos, acuchillando a Ryman porque éste le había estropeado a Carmela una buena boda.

El abogado Risko le sacaría una condena ejemplar: unos diez años…

Mudado, monté de nuevo en mi cacharro, que ya tenía su tapizado nuevo y no fuí a casa de los Nilson. No eran gente para mí.

Llamé a la puerta y apareció Hazel:

—¿Pasa algo, Wolf?

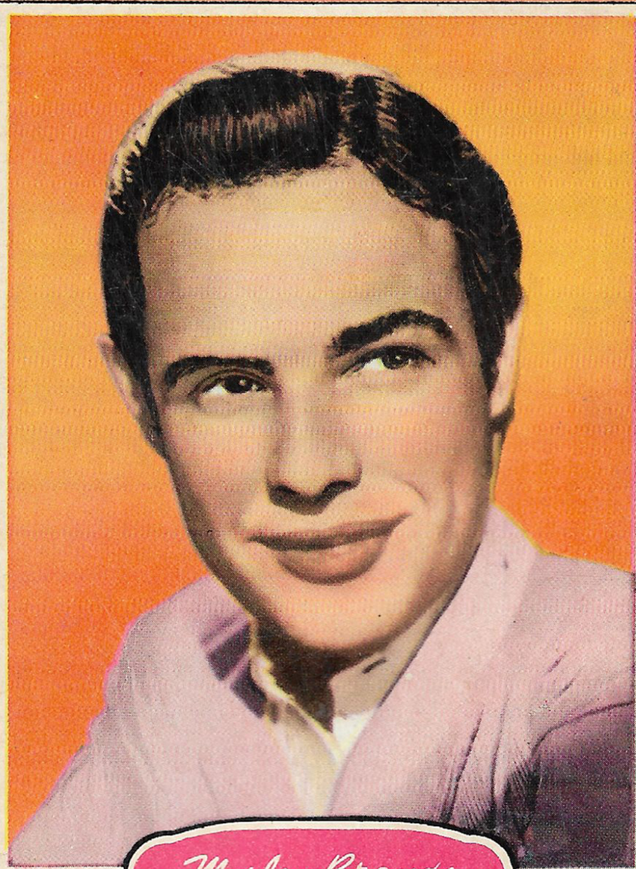
—Todo terminado. Tonio mató a Carmela. Derek mató a Ryman. Gene mató a Bárbara. Todo terminado, pequeña. Escucha, ha sido un día malo para mí. Me vendría muy bien tu compañía. Nos vamos entendiendo, pequeña. Tú me curas el cansancio.

Ella abrió la puerta de par en par, diciendo suavemente:

—Tú me curas la soledad, Wolf. Adelante, doctor Fenton.

FIN

LLUVIA DE ESTRELLAS




N.º 511 Debutó en el cine con "Hombres" y se encumbró con "Un tranvía llamado Deseo" y "La ley del silencio". Nació en Nebraska en 1924 y su última película es "La casa de Té de la Luna de agosto".

Foto EXCLUSIVAS FLORALVA

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: $4

Notas

[←1]

O. S. S.: Office Strategical Service, contraespionaje norteamericano.